

La Esfera

Año V  Núm. 254

Precio: 60 cénts.



RETRATO DE DOÑA ANA CABAÑERO, ESPOSA DE D. ANTONIO MARÍA DE SEGOVIA, "EL ESTUDIANTE"
Cuadro de Vicente López

TALLERES DE FOTOGRAFADO

Se venden varias retículas

Dirigirse: PRENSA GRAFICA, Hermosilla, 57, Madrid



Pues señor, tiene mi novia tan extraña chilladura, que tan sólo está contenta si le compro PECA-CURA.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, color moreno (siete matices), rosa ó blanco, 2,20.—Agua cutánea, 5,50.—Agua de Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 pesetas, según frasco.

PEDID las lociones y esencias para el pañuelo, serie "IDEAL", perfumes: ADMIRABLE, ROSA DE JERICO, CHIPRE, GINESTA, ROSA, MATINAL, MIMOSA, ROCIO FLOR, ACACIA, VERTIGO, VIOLETA, CLAVEL, JAZMIN, MUGUET, SINIGUALES por su finura, intensidad y persistencia. Esencia, 16 pesetas estuche; lociones, 4 y 6 pesetas, según frasco.—Últimas creaciones de Cortés Hermanos, BARCELONA.

Contra la epidemia
DENTALINA
El mejor enjuagatorio
Evita el dolor de muelas
DENTALINA
1,25 pts. ALCOHOLERA, CARMEN, 10

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

ALFONSO FOTOGRAFO
FUENCARRAL, 6

Obras de "El Caballero Audaz"

La virgen desnuda, novela.

Desamor, novela.

El breviario de Blanca Emeria, novela.

El pozo de las pasiones, cuentos.

De pecado en pecado, novelas cortas.

El redimido, comedia romántica.

El libro de los toreros, confidencias de los grandes toreros.

San Sebastián, diario de un ver neante.

Lo que sé por mí, confesiones del siglo, 1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª, 5.ª y 6.ª serie, que acaba de publicar e.

EN PRENSA:

7.ª y 8.ª serie de Lo que sé por mí.
Observaciones de un espectador, críticas teatrales.

La sin ventura, novela.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS



PECHOS Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCA-SIANAS**, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas. ¡27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco.

MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Torniero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. JEREZ, González. SANTANDEK, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUNA, Rey. TOLEDO, Santos. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarra. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta. Mandando 6,50 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. Desconfiad de imitaciones.



FOSFATINA FALIÈRES

Es el alimento más recomendado para los niños y para las personas de estómago delicado, como los convalecientes, ancianos, etc.

Exijase la marca **Phosphatine Falières** y desconfíese de las imitaciones. Preparado este alimento en una fábrica modelo y conforme á procedimientos científicos, es **inimitable**.

DE VENTA EN TODAS PARTES.

UNDERWOOD

Campeón

de las

Máquinas de escribir

G. TRÚNIGER Y C.º

Balmes, 7, Barcelona.

Alcalá, 39, Madrid.

CASA SUIZA



Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



Contrarrestan la carestía de las subsistencias los alimentos concentrados, como el **FOIE GRAS SIBERIA**

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

Fruta laxante refrescante
contra el

ESTREÑIMIENTO

Almorranas, Bilis,
Embarazo gastrico é intestinal, Jaqueca

**TAMAR
INDIEN
GRILLON**

Paris, 13 Rue Pavée
y en todas las farmacias

MOTOCICLETAS de 2 1/4, 4, 5 y 7 HP.

Indian

AUTOMÓVIL SALON

BARCELONA: MADRID: VALENCIA:
Trafalgar, 52 Lagasca, 103 Paz, 33

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

MADRID Y PROVINCIAS...	Un año	30 pesetas
» » »	Seis meses	18 »
EXTRANJERO	Un año	50 »
» » »	Seis meses	30 »
PORTUGAL	Un año	35 »
» » »	Seis meses	20 »

Oficinas: Hermosilla, 57.—Teléfono S-9

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á la Administración, Hermosilla, núm. 57, Madrid

LÓPEZ HERMANOS

"Los Leones" - MÁLAGA
Propietarios de las marcas Barón del Rivero y temporalmente para España, sus posesiones y Marruecos, de las marcas Adolfo Pries y C.^a y Unión Vinícola Andaluza

Cosecheros exportadores de vinos finos de España. Unicos fabricantes del incomparable **ANIS MOSCATEL**, dulce y seco.

Bodegas de las más importantes de Andalucía. Grandes destilerías de Anisados, Coñac, Ron, Ginebra y Licores. Jarabes para refrescos. Gran Vino Kina San Clemente.

Debido á la anomalía de las actuales circunstancias, los pedidos directos deberán ser acompañados de su importe, en lo que no hay exposición ninguna para los compradores; pues siendo esta Casa de primer orden y reconocida seriedad y solvencia, están completamente garantidos del cabal y exacto cumplimiento de las órdenes que se le confien. Para más detalles, pidanse catálogos.

**HIPOFOSFITOS:
=SALUD**

DA VIDA
Y
VIGOR
A LOS
DEBILES



Con el título de **Divulgación científica**, ha escrito el Dr. Benítez, de Málaga, un folleto sobre las enfermedades crónicas del corazón y de los pulmones, cuyo trabajo resulta interesantísimo á los cardíacos, catarrosos, asmáticos, enfisematosos y afectos de tuberculosis pulmonar. El folleto enviase gratis á los enfermos de estas afecciones que lo pidan al Dr. Benítez, Cister, 16, Málaga.



FOTOGRAFÍA

BIEDMA

23, ALCALÁ, 23

Casa de primer orden □ Hay ascensor

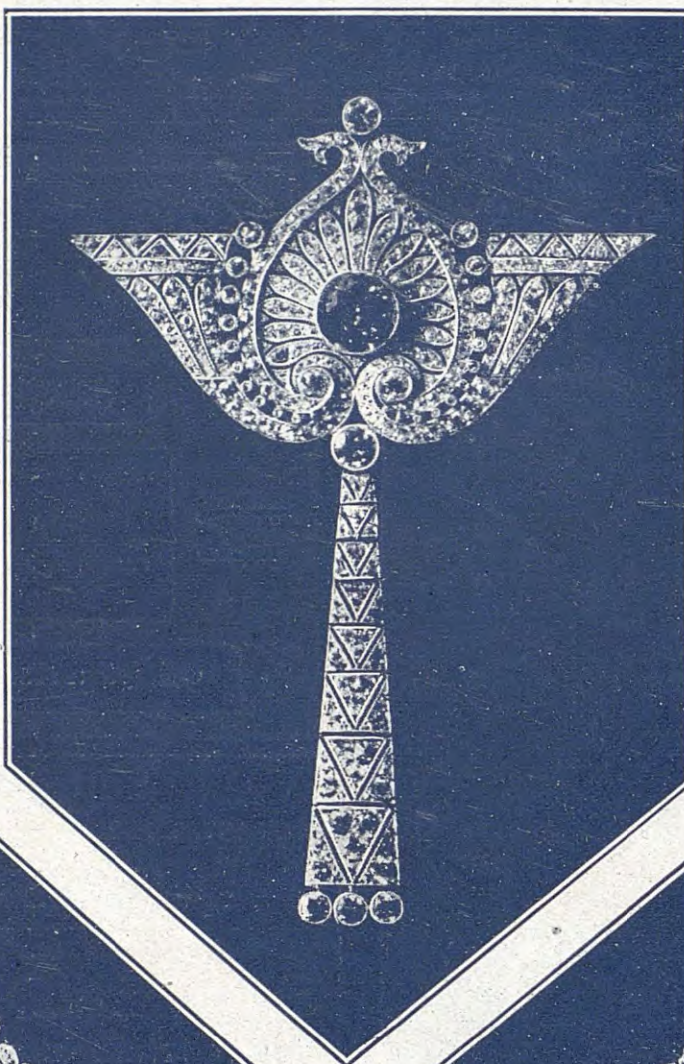
JOYAS MODERNAS

Acompaña á estas líneas la reproducción de algunas joyas ejecutadas por la antigua Casa Carreras, de Barcelona, que tanta reputación goza en dicha capital.

Son todas originales de D. Francisco Carreras, lo mismo que el proyecto de instalación de su casa central

inaugurada últimamente en el paseo de Gracia, de la que publicamos algunas vistas en nuestro número anterior, diciendo, por error de imprenta, que dicho proyecto de instalación era de don Francisco Coma.

Rogamos á nuestros lectores y á los señores Carreras perdonen la errata.



La Esfera

Año V.—Núm. 254

9 de Noviembre de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LA MONEDA DEL CÉSAR

Cuadro de Antonio de Arias, que se conserva en el Museo del Prado

DE LA VIDA QUE PASA EL POETA Y EL HOMBRE

SIEMPRE ha existido entre la imaginación popular al proyectarse sobre la figura del poeta y la realidad humana, una desproporción cuyo origen no viene sólo del atributo deformador de la fantasía y de la falta de elementos de juicio, sino de una heterogeneidad frecuente entre lo que es la esencia, la llama activa de la poesía y los imperativos fisiológicos del hombre en quien pasa esa esencia de Dios del infinito hacia el infinito.

El poeta es el coordinador de lo eterno con lo transitorio, el exaltador de la vida y de la muerte, de la acción y de la meditativa quietud; su alma, plasmada en obras, es á modo de lente al través de la cual el mundo aparece ante los ojos de los otros más vivido, más esplendoroso; pero junto con esta potencia de taumaturgo, sirviéndole de estuche, el cuerpo origina con sus direcciones temperamentales irradiaciones que modifican hasta los más sutiles dones del espíritu cuando rigen las acciones de cada día. En suma: la gente suele creer al poeta, poesía viva, protagonista de poesía; y en casi todos los casos se equivoca. ¡Cuántas veces, ¡ay!, bajo el arca sagrada del cerebro, fragua de ritmos y de imágenes, accionan los espesos sentidos y Ariel no vibra sino sobre la testa chata de Calibán!

Innumerables poetas han querido reaccionar contra este dolor y han tratado de modelar su imagen de hombres en las formas puras que la imaginación popular les atribuía. El esfuerzo no fué siempre feliz; mas en él y no en otros impulsos pueden resumirse las manifestaciones complejas de los caracteres de tantos como llevaron en la mente una chispa de la divina potestad de creadores de belleza. Desde los rapsodas antiguos á los poetas de hoy percíbese el ansia de sacar al hombre del cieno de las vulgaridades para elevarlo hasta la región gloriosa del pensamiento. Shelley, el incomparable, dijo concretamente: «¡Ah, si pudiera poetizar mi cuerpo y mi vida haciéndolas entrar con mi alma en la gloria!»

Y en muchas de las andanzas casi punibles de otros artistas — malogrado Marlowe, espiritual y espirituoso Poe — no es difícil identificar el desesperado propósito de saciar á la bestia incapaz de resistir la dieta pura de concupiscencia.

Acuden estas divagaciones á la pluma al pensar en el caso de Gabriel D'Annunzio. Poeta excelso, llama constantemente activa, vidente de armonías, este hombre que supo llevar la expresión verbal á la más alta saturación ideológica y estética, ha hecho también ante el ídolo de la publicidad las claudicaciones más bastardas. La misma mano que fijaba visiones magníficas del mundo, firmaba cheques, escribía cartas á usureros y decidía con unas líneas injustas, desgracias hasta para los seres que más se esforzaban por quemar ante su imagen el incienso. Si su musa le dictaba páginas para la eternidad, sus pasiones nutrían en cambio las páginas no siempre claras de los periódicos in-



GABRIEL D'ANNUNZIO

formativos. Muchos que apenas nada conocían de la obra del poeta, podían referir anécdotas de sus amores, de sus deudas, de sus manías, de sus frases y poses para sorprender á una burguesía que ya hasta su ingenua capacidad de sorpresa ha perdido...

Pero sobre todo ese tumulto de vanidad percibíase entre la prosa inflamada de sus novelas, entre la vibración milagrosa de sus versos

y entre la fuerte multiplicidad de su obra dramática, su gusto por los seres excepcionales y su culto de la heroicidad. ¿Cómo cultivar en su persona tales gustos, en una época fofo, limitada por prejuicios y por reglamentos municipales? Hasta 1914 d'Annunzio no practicó sino las formas más impuras de esa predilección; fué un original según unos, un amoral según otros, un hombre harto preocupado del eco de sus acciones según todos. La sensualidad y el lirismo parecían absorberlo todo en su producción; mas de tiempo en tiempo una nota aislada, pujante y épica, permitía presentir el discurso magnífico del Quarto, la mutilada canción de los Dardanelos, las canciones de la gesta de ultramar y todas esas magníficas composiciones, templadas como aceros en loor de la grande Italia futura. Aquella memorable oda al torpedero italiano en el Adriático, frente á las costas irredentas, era ya la anunciación del hombre de hoy. El mundo reveló al poeta, pero el hombre necesitaba de la guerra para revelarse. La acción ejemplar del caudillo que ha buscado la muerte por bajo las aguas, por sobre la tierra y sobre el mar, y por los aires, yacía larvada en la molición. Por la vía orillada de laureles del patriotismo iba el cantor de los *laudis* á realizar el esfuerzo tantas veces intentado por sus hermanos en Apolo, para que su personalidad viva perdurase con el mismo glorioso esplendor que la personalidad creada por su obra. Si Carducci fué el poeta civil de la Italia, él sería su poeta bélico; y por el fuego de la palabra y por el ejemplo aun más persuasivo, echando en el crisol del Lacio todos los dones recibidos de las musas y acendrándolos con sacrificios, con riesgos y con sangre, su «yo» de hombre trocaríase en poesía viva, en hostia para la nueva misa de la raza.

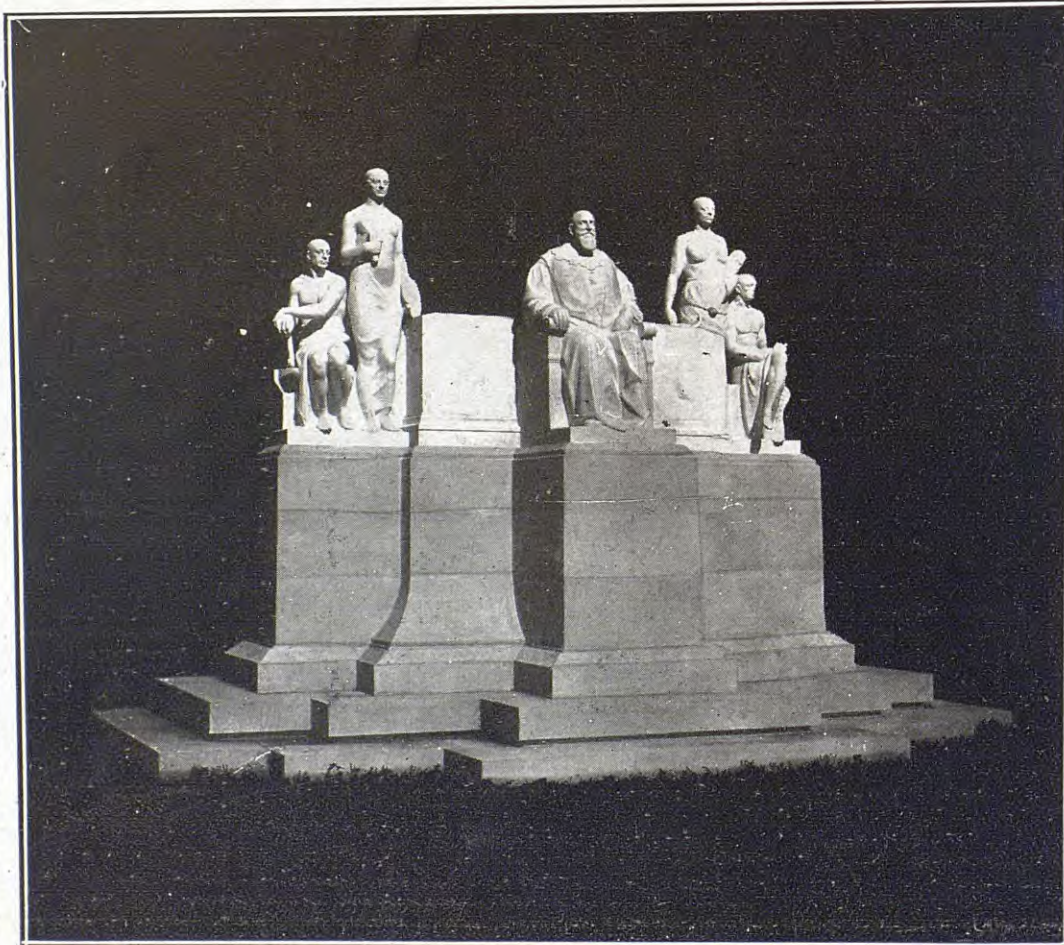
¿Qué importaba ante tamaña empresa las privaciones, el peligro y la muerte? La muerte por Italia y por Galia sería consagración y fusión del poeta y del varón en un sepulcro circundado

de eternidad. Día tras día, desde que esa ansia germinó en él, vive el gran artista de la palabra su sueño de acción; día tras día el hombre tiende los brazos hacia su obra, impregnada ya de infinito, ávida de alcanzarla, aunque para llegar á ella haya de renunciar á todos los jugos de la vida que tan golosamente gustase. Para él todo es ya verbo, todo es epopeya; se han borrado los confines del peligro desde que la vida le dió aquel *sentido nuevo* que él anheló antaño para dedicarlo á goces mezquinos. No vive ya esta vida, sino la que está después de la muerte; su ser no es sino un personaje de su propia leyenda: un Stelo Efrenna, un Aligi, un Paolo Tarsis... El aire es suyo, el mar es suyo y el tiempo es también suyo...

El poeta-hombre se ha servido de la horrenda y vergonzosa catástrofe para penetrar en la gloria, entre resplandores, por la puerta estrecha de la heroicidad.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

INAUGURACIÓN DE UN MONUMENTO



Monumento al ilustre hombre público D. Antonio Barroso, obra escultórica del insigne artista Mateo Inurria, y cuya inauguración se verificó en Córdoba el día 24 de Octubre pasado, con asistencia del ministro de la Gobernación

LUIS BONAFoux

La noticia de la muerte de este escritor, verdaderamente insigne, ha producido impresión dolorosísima, no ya entre sus amigos, sino entre sus numerosos lectores. En Londres, donde vivía como desterrado por su voluntad, sin que ningún antecedente hiciera esperar la desgracia por manera súbita, ha dejado de existir poco tiempo después de haber sufrido el dolor inmenso de la muerte de su esposa, a la que él amaba entrañablemente. Apenas repuesto de ese duelo, obligado por la áspera vida, que pide, a los que colaboramos en los periódicos, un artículo diario, tomó Bonafoux nuevamente su pluma, y, reanudando sus notabilísimas cartas, comenzó diciendo, poco más o menos: «Desde mis anteriores páginas nada ha ocurrido de nuevo ni en la política ni en la guerra, porque lo que ha ocurrido en mi corazón y en mi casa, eso no le interesa al público.» En ese párrafo se adivinaban lágrimas, las más tristes de cuantas pueden lanzar pupilas humanas: las del hombre frío que cultiva la sátira y se burla de todo lo que le rodea.

Ese luchador generoso é íntegro, que nunca quiso participar de los bienes que le hubiera reportado el miedo de aquellos a quienes combatía, padeció, en los últimos años, terribles angustias. El era un espíritu destructor de la organización social. Creíala injusta, criminal y abusiva. Odiaba a los políticos que truecan sus opiniones por las ventajas del mando. Y le inspiraban repugnancia la venalidad de las plumas vendibles, la ambición de los aspirantes al mando, la ridiculez de los malos escritores infatuados y todas las lacerias de la vida social. Sufrió persecuciones, enojos y daños.

No por eso cambió de conducta. Respetuoso para la propia idea, se sentía incapaz de abandonarla, y le dedicaba constantes sacrificios.

De origen americano, pero nacido en un pueblo cercano a Burdeos, recibió una educación inicial francesa. Y aunque luego residió en Puerto Rico, donde se hizo bachiller en artes, palpitaron siempre en sus párrafos la graciosa ligereza del estilo francés, la ironía volteriana, el gracejo de los ironistas parisenses y su arte de decir pronto y de decir bien.

Desde la edad primera cultivó las letras. Escribió, siendo niño, en un periódico salmantino, titulado *El Eco del Tormes*, mientras estudiaba la carrera de Derecho en aquella Universidad, después de haberla empezado en la de Madrid. En esos ensayos aparecía ya la burla donosa, injusta a veces, sangrienta de continuo, sin respeto alguno a lo consagrado y establecido. El fiero aguilucho daba terribles picotazos antes de haber saltado del nido.

Después fué colaborador de varios periódicos matritenses, uno de ellos *El Solfeo*, aquel interesante semanario que fundó Sánchez Pérez, y en el que aparecieron y se destacaron Clarín, Becerro de Bengoa, Eusebio Sierra y otros. De este semanario quisiera yo hablar si la falta de espacio no me lo impidiese, porque fué en el tiempo una fórmula de cultura que trajo no pocas enseñanzas a la Prensa diaria, ferozmente aburrida en esos días, en los que sólo había un literato que interviniese con periodicidad en los debates espirituales: Isidoro Fernández Flórez.

El Solfeo era una hoja pequeña, sin alardes tipográficos ni editoriales, en la que unos cuantos ingenios diestros ofrecían el donaire de sus in-



LUIS BONAFoux

venciones frente a la vulgaridad que imperaba. Por haber comenzado sus campañas Leopoldo Alas en *El Solfeo*, donde todos los colaboradores firmaban con un seudónimo atañadero a la música, adoptó el glorioso alias de *Clarín*, que tanto hubo de influir luego en las corrientes del pensamiento hispano.

En ese semanario, Bonafoux dió la nota de la vehemencia. Acaso exageraba el rigor de las palabras, pero siempre, aun en las horas de mayor violencia, fué preciso reconocerle el desinterés. El censuraba lo que creía malo, bien que no en todos los casos lo fuera... En otros periódicos trabajó: *La Unión* y *El Mundo Moderno*, *El Globo* y *El Resumen*. Más tarde, fué corresponsal en París de *El Liberal*, y entonces fundó allí una revista titulada *La Campaña*, en la que todas las audacias de la crítica hallaron acomodo.

En los días de la guerra colonial fué Bonafoux francamente separatista, aunque no regateaba sus acritudes para los agentes mambises de Cuba. Había sido expulsado de Puerto Rico por una crónica asaz envenenada, y ese fué el rasgo característico de este escritor, que no halló nunca, ni en los países más libres, o de ser los más libres blasonan, espacio y amparo para sus independientes dictámenes.

Usó para algunos de sus trabajos los seudónimos de *Luis de Madrid* y *Aramis*. Este último le fué principalmente grato, porque el héroe de Dumas, con sus atrevimientos y sus gracias, enamoraba al ingenio américo-hispano, que sentía en su voluntad las ansias de libertad de aquellas tierras que fueron nuestras colonias, y el vigor

sátirico de los burladores primarios de nuestra literatura. Por misterioso enlace de los entendimientos, que se funden a través de los siglos, y continúan los últimos la labor que iniciaron los primeros, veo yo en las páginas de Luis Bonafoux el dejo y el saborete del Arcipreste de Hita y aun del rabí Don San-Tob. Ese desprecio de los triunfos momentáneos, de las victorias ocasionales, de las glorias inmerecidas, que vibra en las toscas páginas de aquellos maestros, se advierte en las del periodista malogrado, ante cuya tumba nos descubrimos.

Más de veinte volúmenes ha dado a la estampa Bonafoux, algunos novelescos y narratorios, la mayor parte de crítica y polémica. El combatió a *Clarín*, y la lucha de aquellos dos ingenios fué seguida atentamente por el público, en los tiempos pasados, en que esas cosas interesaban.

Llegó una nueva época, una nueva manera en el estilo y procedimientos de Bonafoux. Siendo corresponsal del *Heraldo de Madrid* en París, realizó un empeño verdaderamente notable. Canalejas le admiraba, dedicándole las más elevadas atenciones. Quiso traerle a Madrid, emparejarle con los trabajos de ese gran periódico, que entonces él inspiraba. Bonafoux no aceptó la propuesta. El quería vivir en París, en el ambiente magnífico de Francia, y no hubiera cambiado su situación de libre colaborador por ninguna otra, bien que le fuera más propicia.

El tiempo había enseñado mucho a Bonafoux, sin rendirle en sus doctrinas. De día en día ganaba la forma concisa, lapidaria de sus párrafos. Si hubiera habido en Madrid una empresa periodística conocedora de sus intereses, hubiera ella buscado el modo de que diariamente llegaran al lector las inspiraciones lindamente satíricas del ingenio que ha desaparecido. Desde hace pocos meses unía Bonafoux a sus múltiples colaboraciones la del gran periódico de la Habana, el *Diario de la Marina*. Pocas horas hace que leía yo en un número de esa publicación un artículo del maestro, y allí había tanta doctrina, en medio de las burlas, que hubiera ello bastado a una reputación inmortal.

Cuando empezó la guerra, Bonafoux, tan amante de Francia, tan entusiasta de los franceses, se permitió ironías que ofendieron al chauvinismo de los burócratas del Ministerio del Interior. Se le indicó que debía marcharse, y se le puso un plazo perentorio. Lloró el escritor al verse expulsado del país de sus amores. Metió en cajones sus libros y marchó a Londres. Allí ha muerto.

Aparte de la estimación que se haga de su obra literaria, quedará el nombre de Bonafoux como el de un espíritu independiente, que no se aviene a las imposiciones de la realidad triunfante, y que acepta sereno los más dolorosos sacrificios, a trueque de que nadie haya profanado el recinto de sus convicciones.

Por eso, más que por nada, será memorable este literato. Como a Romain Rolland, el insigne autor de *Jean Critofle*, le perturbaban los odios y le obligaron a cambiar de residencia.

Vida dolorosa. Hombre sin patria. Viajero continuo, sin horas de descanso... ¡Pobre Bonafoux!... Su larga risa ha concluido en tragedia.

J. ORTEGA MUNILLA



EL FAVORITO

CÁRICATURA DE MATEOS

FERIA de vanidades y de poderíos; exhibición de *toilettes* gentiles; cruce de apuestas; *flirteos*; té con golosinas; indiscreciones de *Kodaks*; tertulias susurrantes; cielo pálido; desfile pretencioso... Todo esto, en las tardes otoñales contribuye, según parece, al fomento de la cría caballar. El labrador, dueño de dos ó tres pares de mulas, no acaba de enterarse bien, y los contratistas de jamelgos para las corridas de toros tampoco se cuidan gran cosa del asunto. Pero, bajo la aparente frivolidad de las carreras de caballos palpita el remedio de una cuestión nacional hartamente trascendente—aseguran los señores que están enterados—, y no vale desdeñar espectáculo tan interesante, so pretexto de que resulta demasiado soso y de que únicamente divierte y agrada á las personas «bien».

Madamitas y galanes, maduras y fatigados toman parte en el juego reforzando con unos cuantos duros sus preferencias. Si en algún espectáculo adquiere solemnidad el «pronóstico» es en éste. Conocido el renombre de que goza cada caballo, sus partidarios y detractores le utilizan para mantener un decoroso asalto de bolsillos y otro torneo gentil de fatuidades. Antes de la lucha, la multitud contempla á los caballos de los cuales se posee referencias favorables, como queriéndoles arrancar por anticipado el secreto de su destino. *Ramsés III* y *Alde-rabán* mueven sus puntiagudas orejas recogiendo tanta expectación. Han sido héroes de jornadas memorables y viven en perpetuo halago. Podrán morir de hambre y de rabia algunos infelices racio-

nales, en un desmonte, en un portal, en una carretera; nadie sabe que haya ocurrido cosa semejante con uno de estos cuadrúpedos mimados. Y es que el caballo de carreras, como el toro, como el perro, como el canario ó el minino son animales reconocidamente útiles, lo cual no sucede con los que recogen colillas ó bostezan, siniestros, en las calles rebosantes de indiferencia. El «ex hombre» puede quitarnos nuestro dinero violentamente, sin belleza ni gracia; el caballo nos lo puede dar. Y si nos deja, algunas veces, sin él, lo hace en el hipódromo tan gratamente, que la menor protesta constituiría insigne estolidez. En el actual momento histórico, cumbre de la civilización, los brutos se imponen á las personas. Hay más cuadradas que asilos y más pistas que hospitales... ¿Habremos de llorarlos? ¿Para qué? *Todo es uno y lo mismo...*

En la fiesta hípica hay emoción, una emoción que podríamos llamar asordada, «chic», elegante y de buen tono. Los incidentes abundan, y, con el concurso del aire libre, seducen, si no al poeta, al pintor. Ved á la gente en las tribunas, tras las vallas, siguiendo con avidez las peripecias de la pugna entre los nobles solípedos; ved cómo contrasta la palidez del rostro del jugador que pierde con el arrebol del que, habiendo fiado en las proezas de su caballo favorito, gana... Tapete de *timba* simula el hipódromo, y la débil condición humana refleja en uro y otro sitio la misma despreocupada preocupación del que invoca al Azar para que el dinero ajeno pase á ser propio... Sólo así los profanos compren-

demo la estela de regocijo y admiración que abre entre el público el caballo favorito, vencedor y ganador de fuerte suma... Aficionadas y aficionados se conmueven. ¡Paso al victorioso! Una legión de fotógrafos surge repentinamente, resuelta á no dejarle avanzar. El dueño del hermoso bruto se deja retratar junto á él. Con él ha jadeado; con él ha tropezado, relinchado y sudado. Queden unos y otros gloriosamente reproducidos en películas y placas, y húndanse en la sombra los vencidos...

La suerte del dueño lo merece. Así como en la comedia social, representada por diversas clases de hombres, hay unos que tienen dinero y otros inteligencia nada más, y otros una mujer muy linda, y otros un apellido muy complejo, existen también los que tienen unas cuadradas. No hacen nada política, artística, industrial ó científicamente. Su notoriedad se incuba en el pesebre donde diez, veinte caballos piensan velando por el buen nombre de su dueño. Los triunfos son resonantes. Tener uno de estos corceles ágiles, gallardos y predilectos de la afición es mucho más beneficioso que poseer un sistema filosófico.

El favorito da lustre á su dueño, lo mismo en las carreras de caballos que en las monarquías. No negaremos que también lo quita alguna vez. Pero si el privilegiado oficio de favorito no ofreciese alternativas tales, el no menos privilegiado de favorecer carecería de encantos...

E. RAMÍREZ ANGEL

RAPSODIA



La niña Carmen Medina, en una representación teatral celebrada en el Colegio de Miracruz, de San Sebastián

Carmencita,
tan bonita
como un rayo de la aurora;
rosa y nácar; virgencita
soñadora
con las glorias del Edén,
eres bella
muñequita
transparente, sol y estrella,
lo mismo que Margarita,
la del cuento de Rubén.

¿Tú lo sabes? Es un cuento
muy bonito, muy gentil,
que suena como el acento
de la música del viento
sobre las rosas de Abril.
El cuento de una princesa
muy traviesa,
hija de un rey que vestía
en cortes de galanía
áureo manto de tisú;
de una rubia princesita
tan bonita
como Margarita y tú.

No era un cuento
que tenía
el quejumbroso lamento
de un cuento de brujería;
ni eran los bélicos sonos
de la gesta castellana,
que cantó una campesina
al amor de los tizones,
una noche, en la cocina

de una alquería lejana.
¿Lo recuerdas? Era un cuento
que vuela como un cantar
en alas del pensamiento
porque era sutil el viento
y estaba linda la mar.

Carmencita, luz de aurora,
muñequita soñadora
con las glorias y alegrías
del Edén,
yo quiero que tú sonrías
con las bellas galanías
de los versos de Rubén.
Quiero que el cuento sutil
sea linda mariposa
que va a tu lado gentil
y en tus cabellos reposa
sus alas de oro y de rosa
como en las flores de Abril.

Quiero que sus versos sabios
sean una abeja de oro
que posa el vuelo sonoro
en la rosa de tus labios.
Y que la estrofa divina
hecha de luz transparente,
cantarina
como el cristal de una fuente,
libe la miel del amor
y del ensueño en tu frente,
como la abeja en la flor.
Que sueñes con la princesa
tan traviesa,
hija de un rey que ceñía

corona de pedrería
rutilante,
y sobre el sayo ponía
la dorada y deslumbrante
capa de armiño y tisú;
de la linda princesita
de las manos de alabastro
que quiso arrancar un astro
de la altura... Muñequita
tan bonita
como Margarita y tú.

Porque quiero que te mimes,
que te arrulle y que te cante
y que a tus oídos rime
el madrigal más fragante.
Que llame con dulce son
a la puerta
de tu niño corazón,
y que a tu lado en la vida
te acune, si estás despierta,
te bese, si estás dormida.

Carmencita,
olvidaste en mala hora
la historia azul y bonita
de la linda princesita
soñadora?
Pues verás... Así decía:
"Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes..."

José MONTERO

UN ARTISTA MALOGRADO

VICENTE CARRERES



"Lo mejor de la cosecha"



"Miss Artington"



"La gitana del velón"

EN Valencia, donde había nacido, ha muerto un joven pintor. Casi inadvertida su existencia, inadvertida fué su muerte en este milenarior horror que estremece á España, asolando sus pueblos y sus ciudades, hinchando de pestíferos los cementerios.

Y, sin embargo, este artista mereció un poco más de fortuna en su vida y de eco en su muerte.

Tenía talento y derecho á la gloria. Era trabajador y se esforzaba en darle un norte ideal á sus días. En torno suyo la gente bullía indiferente é ignorante, con esa embrutecedora inconsciencia estética que caracteriza á los españoles. En España el artista ha de realizar una labor más penosa, más anónima que en otras naciones. Es un sér excepcional y maldito; un resignado á la miseria propia y á la incompreensión ajena. Sabe de antemano que habrá de envidiar siempre—desde el punto fundamental de *vivir*—á las ostras burocráticas, á las ostras mercantiles, á las ostras políticas; está convencido de que sería inútil soñar con la aureola y la remuneración de un torero, de un general ó de un ministro; habrá de adular á todos estos naturales enemigos suyos si no quiere morir demasiado pronto, si ha de llegar enfermo del estómago por las hambres juveniles, gangrenado el espíritu por las derrotas del sentimiento, á una vejez idiomáticamente industrializada.

Vicente Carreres no ha podido resistir las abdicaciones, á las que ya empezaba á someterse. Siendo, como era, un temperamento muy propicio á la verdadera belleza, se había doblegado á ciertas concesiones públicas. No repondían realmente sus obras á lo que él se sentía capaz de realizar. Hablaba en el tono menor que le imponía este pueblo de sordomudos y de tuertos.

Le conocí hace un año en Valencia. Eran días de fiesta. Flotaban en los aires, vernalmente aromosos de la ciudad mediterránea, las banderas tradicionales, con sus áureos remates y sus damascos de tonos rutilantes. Iban y venían las músicas himnarias y populares. Salían á la luz los trajes centelleantes de las labradoras. Y se abrían exposiciones de jóvenes todavía ilusionados por la en-



El pintor Vicente Carreres, recientemente fallecido en Valencia

gañosa quimera. Pero en medio de este optimismo contagioso de la ciudad, Vicente Carreres me causó una impresión triste. Era ya el prometido de la muerte, el mancebo que cambió los anillos con la Dama Insaciable.

Flaco, febril, hediendo su aliento, translúcidas sus orejas, fulgurantes los ojos, un bronco estertor en el pecho y una sonrisa amarga en los labios resquebrajados. Dentro de sus pobres pulmones la tuberculosis iba ensanchando las cóncavas cavernas, como un minero feroz é infatigable.

Esta tuberculosis era la misma de los mendigos, de las córtisanas y de los escritores. Tuberculosis de mal alimentado, de mal amado, de mal recompensado.

Sus cuadros y sus dibujos no producían bastante para comer bien, para dormir bien, para descansar bien. Las abdicaciones espirituales eran demasiado frecuentes. La tentación carnal se le ofrecía como el único consuelo, en su taller de bohemia, frecuentado por mozas ardientes y gitanas enfermas.

No por vulgar ni cotidiano el crimen, sois menos culpables vosotros, los millares de españoles que desde vuestros palacios, vuestros campos deportivos, vuestras oficinas, vuestros comercios, veis pasar esta caravana de los artistas arrastrados por el fantasma de la gloria y empujados por el fantasma de la muerte, de los artistas que van cayendo á ambos lados del camino como esas bestias de la guerra que abandonan los ejércitos de todo el mundo, como esas bestias del regocijo que únicamente los españoles ven morir, impasibles, en los cosos taurinos.

Tú, aristócrata; tú, rentista; tú, comerciante; tú, burócrata; mírate las manos y las verás manchadas de una sangre imborrable, como la sangre que enrojecía los dedos de lady Macbeth.

ooo

Vicente Carreres no ha tenido tiempo de demostrar sus verdaderas condiciones artísticas, que adivinamos excelentes á través de las ilustraciones editoriales y de los escasos cuadros que ha dejado.



"Arreglando la guitarra"

Era antes que nada un dibujante certero y enérgico. Esta cualidad sobresaliente llegaba incluso á perjudicar en él al colorista. Le amane-
ró, tal vez, consagrándole con preferencia á los trazos enérgicos del carbón y del lápiz compues-
to, ampliados con líneas de colores distintos, un poco infantilmente colocadas.

En los cuadros al óleo, en los pasteles, aun siendo diferentes los procedimientos y las mate-
rias empleadas, subsistía esta obsesión de los di-
bujos coloreados y de los contrastes de luces y
sombras.

Esto en cuanto á la técnica. Respecto de los
asuntos, Carreres cultivaba dos temas favoritos:
escenas valencianas y tipos gitanos.

Era un notable costumbrista de Valencia y un
enamorado de esa raza brava y morena de los
gayos trajes y el habla ceceosa. Sus cuadros
mejores reproducen interiores levantinos ó epi-
sodios gitanescos.

Y siempre con una honradez expresiva, con
un culto sincero del natural. Hasta en las más
nimias ilustraciones periodísticas, Vicente Carre-
res no prescindía del modelo. Ni un solo trazo

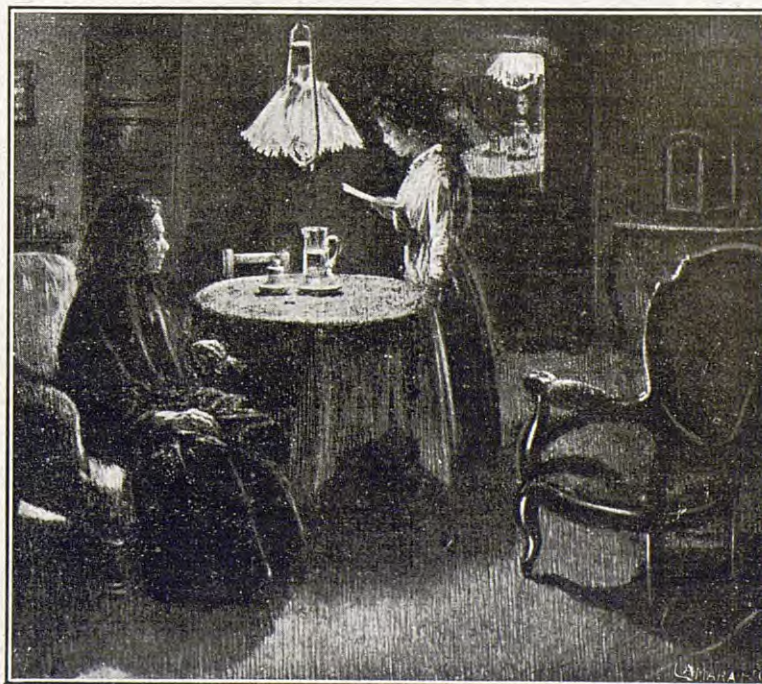
de su lápiz ó de su pincel responde á la me-
moría.

Recientemente había empezado á colaborar en
LA ESFERA, y al lado del importante grupo de
nuestros ilustradores, de los Bartolozzi, los
Echea, los Penagos, los Ochoa, los Bujados, los
Marín, los Ribas, Vicente Carreres daba una no-
ta distinta, plena de ingenuidad, de buena fe y
de generosos deseos, que su triste vida coartaba
y que su triste muerte interrumpe.

SILVIO LAGO



"La copla picante"



"La carta triste"

CUENTOS DE "LA ESFERA"

"CHUCHO"



A un cuando no había bicho viviente que no conociera á «señá Papalina», por ser uno de los tipos populares más pintorescos de Madrid, nadie, en verdad, sabía cómo se llamaba ni importaba gran cosa el ignorarlo.

Dios sabe qué espíritu zumbón tuvo el formidable acierto de aplicarle semejante apodo, porque aquella mujer perdularia, que parecía un vestigio, terriblemente envejecida, sucia y astrosa, hallábase de continuo sumida en la estupidez característica de los alcoholizados, paseando por las calles su sempiterna «papalina», siendo escándalo, irrisión y divertimento de cuantos hallaba al paso, seguida siempre del cortejo de chicos revoltosos y granujillas que, bailando en derredor suyo, saltando y brincando, la atronaban y mareaban gritándole á coro: «¡Señá Papalina!» «¡Señá Papalina!», dándole tirones de la falda, cuando no la empujaban ó la arrojaban pelotillas de cieno, tronchos de berza ó lo que se les venía á las manos; siempre cercada de un corro de papanatas que reía á su costa, haciale burla y comentaba, con la grosería de las multitudes, los tambaleos, trapiés, guiños, reniegos y maldiciones; siempre acosada de guardias, que, cogiéndola de los brazos y á empellones, la conducían á la Casa de Socorro más próxima ó á la Comisaría del distrito correspondiente.

Gran tipo, ¡voto á Baco!, esta «señá Papalina» que se apoyaba en una garrota para afianzarse en su andar, no menos torpe que su lengua, tanto por lo tartajosa como por las flores retóricas que vertía cuando la hostigaban demasiado ó veíase conducida tan galantemente por los guardias; sus ojos chiquirritines, pitañosos, ribeteados de encarnado, miraban de un modo inexpresivo, estúpido; el cutis de su rostro, surcado de arrugas, constelado de chirlos, ofrecía una tonalidad indefinible entre siena tostada, ocre y bermellón, que atestiguaba un odio mortal, irreducible, al agua, destacando agresivamente,

como una guindilla roja, la nariz respingona.

¡Y qué indumentaria la de esta armazón viviente de huesos, recubierta tan sólo por la piel rugosa y renegrida! Una saya de color de abejarruco, toda remiendos y desgarrones, poniendo á la vergüenza lo que más por vergüenza debe ocultarse; la blusa, á tono con la falda, deja entrever el pecho, parecido á un pergamino resquemado por el desgarrón que empieza en el retazo del cuello, sujeto por una corcheta, y termina casi en la cintura. Ni asomo de camisa ni de medias; los pies encerrados en unos borcegues, sujetos con una tramilla, sin tacones y con la suela agujereada; un pañolejo de percal, en tiempos de color escarlata, atado á la gallega, le cubre la calva, que todo lo perdió «señá Papalina», hasta el pelo.

Hay quien asegura que en sus mocedades fué hembra de buen ver, cosa que raya en lo inverosímil cotejándola con su aspecto actual.

El primer día que se presentó en el arroyo—ya ha caído agua desde entonces—estaba borracha, y borracha continúa con una perseverancia estupenda, loable, si esto de empinar el codo fuese digno de loa.

Su vida ha sido de lo más miserable de la andante golfería, explotando la caridad á las puertas de las iglesias y en los merenderos y sitios donde concurre gente alegre á solazarse, planeando desgracias propias fingidas, y en los tiempos en que no era tan escandalosa su popularidad, madre postiza de chiquillos alquilados—que para conmover el ánimo de los bondadosos suele el diablo echar por el atajo y mentir maternidades—; lo que recaudaba con sus trapacerías, empleábalo, hasta el último céntimo, en Ojén, Cazalla ó Monóvar, si la colecta era abundante, y si escasa, en el aguardentazo más subversivo y de pésima calidad.

En tal noche que era de invierno, y en la que

soplaba un cierzo trigidísimo, «señá Papalina», según costumbre, buscó para pasar la noche uno de los portales en los recovecos de su predilección, que eran los situados en las inmediaciones de la iglesia de San Andrés, lugares éstos apaciblemente silenciosos y resguardados.

Después de dirigir una mirada, quién sabe si de infinita amargura ó de rabiosa desesperación, al pedazo de cielo que se entreveía desde la calleja en la que huroneaba una yacija, posó sus huesos en el peldaño de piedra que servía de umbral á una casucha que, por estar al fondo de un callejón sin salida, completamente á oscuras, veíase libre de las visitas intempestivas del sereno y de los guardias. Acurrucóse en el quicio, cruzó las manos al pecho y cerrando los ojos dispúsose á dormir, cuando, no sin sorpresa y enojo, advirtió que tenía un compañero de cama; sus pies tropezaron con un cuerpo que se movía, gruñendo sordamente.

—¡Un perro!—barbotó la bruja, adornando la frase con una espantosa maldición.

Valiéndose de los pies le hostigó para que se fuera; ante las insistentes caricias de los borcegues que le golpeaban, el huésped protestó del violento desahucio con un ladrido tan fiero que «señá Papalina», azorada y medrosa, encogió instintivamente las piernas, y aun cuando no le veía, miró al animal que se había incorporado de súbito, gruñendo con el enfado propio de un perro que duerme tranquilamente, tal vez soñando con algún galanteo perruno, y le despiertan de una manera brutal y estúpida; siguió un rato con su gruñiza, como si refunfuñara, y luego, visto que la intrusa permanecía inmóvil y silenciosa, determinó echarse á sus pies, no sin algún recelo, porque continuaba con ojo avizor y las orejas muy tiesas.

Prontamente los ronquidos de la vieja ponían como un trémolo á la sinfonía que el aire trazaba en la calleja.

Amaneció Dios, y á los vislumbres del nuevo día, tristón y nuboso, despertó «señá Papalina».

Y después de bostezar á sabor y refregarse los ojos miró en torno suyo, quedando altamente sorprendida de encontrar tendido á sus pies un perro de casta indeterminada, aunque su pelaje y el aspecto en conjunto le asemejaran á un faldero; el tal perro, que estaba echado sobre el peldaño, en la actitud hierática de los lebreles esculpidos en los sepulcros señoriales de la Edad Media, al ver despierta á su compañera de posada la ladró, como si le diera los buenos días, y saltando á la acera vino á juntar cariñosamente su cabezota á la cara de la bruja, quien no le rechazó, al contrario, recordando que le debía agradecimiento por el calor que en tan fría noche había prestado, pasóle la diestra por el lomo, acariciándole.

—¡Calla, chuchó, calla!—le ordenó al oír los alegres ladridos con que correspondía á su fineza.

Y levantándose, abandonó el callejón seguida del perro que, indudablemente, adivinaba en «señá Papalina» una émula sin par en el vivir azaroso y perulario.

ooo

«Chucho»—que así le llamaba la mendiga—nunca más separóse de ésta.

El perro vagabundo, que vivía del merodeo por plazuelas y cuarteles, cazando al descuido lo que podía, terror de los perrillos burgueses, á los que miraba siempre hosco, con aires de matón y perdonavidas, ladrándole su regalona esclavitud; el perro, diversión de granujas, espanto de tenderos, tenorio irresistible de cuantas damas perrunas topaba al paso, se consagró enteramente—por misteriosa afinidad—á «señá Papalina», y, convirtiéndose en su sombra, seguía con igual solicitud en sus menesteres de agenciarse la bucólica que en el perpetuo y azorante derrotero de su borrachera, y con delicadeza y pulcritud impropias en seres irracionales, compartía con ella el lecho de piedra ó el de arena, según tocaba dormir en la villa ó en las covachas de los desmontes.

Llegó á más: erigióse en defensor de su ama, y de tal modo enseñaba los dientes á los chiquillos y á la chusma callejera, séquito obligado de la vieja pito-sa, que teníalos á raya y sin que se atreviesen en sus burlas soeces á tocarla el pelo de la ropa; al columbrar la silueta de los guardias de Seguridad ó de los del Municipio, sus mortales enemigos, encendíasele los ojos, movía el rabo y poníase á la defensiva, en actitud hostil, gruñendo sordamente y pronto á dar una dentellada al que se propasara.

Eso sí, «señá Papalina» pagábase tanto cariño y abnegación á puntapiés, cuando no estaba en sus cabales, que era la mayor parte del tiempo, y con mimoserías y espulgos en sus contados momentos de lucidez. Entonces, cogíale la cabezota entre sus manos escuálidas y besábase con amoroso entusiasmo. Al besar á «Chucho» recordaba suspirante no sé que breve historia romántica de su ya lejana juventud... cuando un mocito galán y pinturero de su barrio le habló de amores... Y siempre, al evocar aquel recuerdo—el único dulce en su vivir miserable y atormentado—lloriqueaba, y ya que no pudiera enjugar el llanto con un pañuelo, por no tenerle, enjugábase con una copa de lo fuerte...

ooo

En tal mañana, como en todas, «Chucho», con discretos ladridos, anunció á «señá Papalina» que

ya era hora de abandonar el no muy confortable lecho y lanzarse á la vida gallofera cotidiana.

Visto que la vieja no movía pie ni mano, «Chucho», que en lo de cumplir con sus obligaciones era extremoso, redobló impaciente los ladridos hasta el punto de alborotar á los argos y horteras del contorno y sacar de su abstracción á un municipal, extático ante un puesto de buñuelos.

Con estos honrados ciudadanos, ítem unos cuantos obreros y criadas de servir, formóse en un decir Jesús corro en torno de la vieja, la cual, á pesar de las imprecaciones, las voces y los gritos que aquellos papamoscas la dirigían, continuaba inmóvil con la cabeza caída sobre el pecho.



A «Chucho» se le pusieron las orejas de punta y presintió una mala faena al ver á los del casco atravesar el corro y pararse ante la mendiga, zarañeándola.

Tan preocupado estaba que ni aun los saludó con un gruñido; en silencio siguió al cortejo formado para transportar á su ama, Dios sabe dónde.

Al cabo de un rato de marcha, los camilleros dejaron la carga en tierra, y mientras se entretenían en hacer un cigarro, «Chucho» acercó con recelosa inquietud el hocico á la mirilla abierta

en la lona y gruñó, como si preguntase á la que había dentro la causa de aquel extraordinario trastorno en la diaria costumbre; pero ni escuchó la aguardentosa voz de la vieja ni asomó la huesuda mano para hacerle una caricia.

Agachó la cabeza, y, hosco, siguió escoltando á los camilleros hasta que los vió entrar en una casa muy grande.

En el portalón columbró unos guardias sentados en un banco.

«Chucho», aunque perro, era prudente y no quiso meterse en la boca del lobo; quedóse en la calle á la espera.

Pasaban las horas y «señá Papalina» sin salir; el pobre «Chucho» á cada campanada que oía dar en el reloj de torre de la casona, sentíase más atormentado por el hambre, la sed y el frío.

Ya bien entrada la tarde paróse un carricoche delante del portalón, y al poco rato salieron los mismos individuos de por la mañana llevando á hombros una caja barnizada de negro.

«Chucho» la olfateó anhelosamente, lanzó un aullido lúgubre y quedóse unos instantes en la actitud de un perro que ha perdido la cabeza... Pero, ¿qué humorada le había dado á la vieja para meterse en aquel cajón?... Porque, aun cuando él, «Chucho», no la viese, «ella» estaba dentro; olía á «señá Papalina», y eso que la caja despedía un hedor insoportable... El animal tornó á aullar lastimeramente.

Metieron la caja en el carricoche aquél; el conductor arreó un latigazo al caballo, que se puso en marcha á buen paso por las calles, y casi al trote camino de las Ventas y de Vicalvaro.

Jadeando, sudoroso, con un palmo de lengua fuera, seguía «Chucho» tras del vehículo, que iba levantando nubes de polvo.

Por fin terminó de correr parándose delante de una verja empotrada en una cerca de ladrillo; silbó el conductor y salieron del cercado unos hombres con blusones negros que, después de un corto diálogo con el cochero, abrieron la portezuela posterior del carruaje, sacaron la caja y con ella á hombros pasaron la verja y siguieron por una de las veredas abiertas en un campo enorme limitado por una tapia de ladrillo que seguía los caprichosos declives del terreno, cuajado de piedras rectangulares, uniformemente alineadas; en muchas había cruces, flores, coronas y, en algunas, luces encendidas.

Los de los blusones hicieron alto al borde de un hoyo muy grande y muy hondo; unos obreros que allí había trabajando acudieron á descargar la caja.

Pasaron por las extremidades de ésta una gran cuerda y dejáronla caer despacio en la hoyanca, donde se entreveían los picos de otras cajas parecidas.

El sol en aquel momento, trasponiendo ya por los picachos del Guadarrama, iluminaba con sus últimos resplandores la triste escena; un tibio rayo de oro posábase sobre la cabeza de «Chucho», asomado al borde de la huesa.

Dos días después, los guardias del cementerio encontraron al pobre «Chucho» inmóvil, estirado cuan largo era, sobre el montón de tierra en que pudría «señá Papalina».

ALEJANDRO LARRUBIERA

DIBUJOS DE DHOX



NUESTRAS VISITAS

EL MARQUÉS DE CABRIÑANA



El ilustre prócer, después de escucharme atentamente, guardando un silencio afable, hizo un gesto de franca contrariedad.

Yo insistí, como si su gesto hubiese sido una negativa.

—Me defraudaría usted, marqués—le aseguré sinceramente.

—No lo crea usted, amigo mío; yo le garantizo que está usted equivocado; mi conversación no ofrece ya ningún interés; yo mismo he puesto y pongo gran empeño en retirar mi nombre de la circulación. No quiero quebrantar mis propósitos. Apartado, ya hace muchos años, de la política, y teniendo también muy abandonadas mis antiguas aficiones á la esgrima, equitación y demás deportes, nada podría usted obtener de mí que resultara interesante y de amenidad para los lectores de LA ESFERA. Créame usted, soy sincero.

Sin insistir, le pregunté:

—Entonces, ¿ya no hace usted esgrima?

—Poca, muy poca; la necesaria para no perder el compás, para conservar la flexibilidad de los músculos. Algunos ratos voy á casa de Lanchó ó de Afrodísio y á «La Peña».

—Marqués: en esgrima, según dicen, ha sido usted un tirador formidable.

Su rostro se alegró irresistiblemente, y con una sencillez muy masculina murmuró:

—De espada y sable llegué... llegué á ser un tirador difícil; de florete no hice nada nunca; y es que yo siempre fui muy incorrecto en esgrima, tal vez por exceso de fuerza y violencia. En aquellos tiempos, Gabriel Orozco, Alfredo Sanz, Velázquez y yo, éramos de los más fuertes en esgrima y en gimnasia.

Nos hallábamos sentados en el despacho del ilustre marqués. Un despacho severo y suntuoso. En el centro del testero frontal había una gran panoplia con toda clase de armas. Sobre el peluche rojo brillaban los aceros como rayos de sol en un charco de sangre. Al detenerse mi mirada curiosa, el marqués me fué enterando de la historia de aquellas armas.

—Con estas espadas se batieron el viejo conde de Xiquena, el actual Rafael Gasset, el general Martínez Campos y Borrero.

Al mismo tiempo que decía esto, descolgó una de ellas, batió fuertemente con su hoja el aire y después, entregándomela, exclamó:

—Verá usted qué bien se cogen y qué cazoleta tan pequeña tienen. Con ellas los duelos son menos peligrosos. Se hiere fácilmente el antebrazo y la mano.

Y al fijarme en una bayoneta y en un sable que ocupaban en la panoplia lugar preferente, contestó á mis preguntas:

—Con esa bayoneta mataron en Miranda á mi abuelo, el general Cevallos-Escalera, tres veces laureado. Ese es el sable que llevaba mi hermano Cayetano cuando murió como un héroe en Santa Bárbara de Oteiza. Mi pobre madre tenía las pensiones de San Fernando de su padre y de su hijo.

—Todo esto es muy interesante.

—Para mí, mucho. No hay en este despacho nada que no me hable de un momento crítico de mi vida ó de la de mis ascendientes. Cada cosa tuvo su instante glorioso.

El marqués de Cabriñana es arrogante. Muy alto, recio, de proporciones gallardas. A su rostro enjuto, anguloso y de facciones aristocráticas, le dan un gran prestigio y severidad sus grandes barbas rubias, pulcramente cuidadas. Sus ademanes y su actitud tienen serenidad y armonía.

El trato es afable, con esa afabilidad noble, atrayente y sugestiva que caracteriza á los hombres fuertes, sanos y dueños de sí.



EL MARQUÉS DE CABRIÑANA

FOT. CORTÉS

—Y dígame usted, marqués: Una vez se habló de un duelo que tuvo usted en Palacio.

—En efecto; y aquel rumor tuvo su fundamento.

—¿Quiere usted contármelo?

—Fué sencillamente que se dió una fiesta de esgrima en Palacio.

Le interrumpí:

—¿Hace tiempo?

—Sí. No recuerdo los años. Era todavía regente la Reina Doña María Cristina. Don Alfonso XIII comenzaba á ser mozo. Pues bien: se celebraba una fiesta de esgrima, organizada por Carbonell, y á ella concurrieron los mejores profesores españoles y extranjeros. El marqués de Heredia y yo éramos los únicos espectadores ajenos al séquito de los Reyes que asistíamos á la fiesta. Se verificaron varios asaltos á espada y florete entre los maestros, y cuando ya se daba por terminada la sesión, el Rey se mostró interesado en presenciar un asalto á sable. El conflicto era tremendo, porque no había sables ni caretas, ni guantes. «Señor, es imposible», le dijo alguien. Entonces yo me despojé de mi levita,

desenvainé los sables de reglamento que llevaban al cinto mi cuñado el general Echagüe y el coronel Cirujeda, ayudante del Rey, y entregándole uno á Pardini, profesor de la Escuela de Caballería, le dije: «Complazcamos al Rey», y caí en guardia.

—¿Sin caretas y sin guantes?—pregunté.

—Sin nada. Comenzó un asalto duro é interesante; el amor propio nos aguijoneaba. Estábamos en presencia del Rey. A los pocos momentos

la chaquetilla de Pardini enrojecía y la sangre también saltaba por encima de mi guante blanco de cabritilla. Usted sabe lo pequeñas que son las guardas de los sables de reglamento. Entonces la Reina Doña Cristina se dió cuenta de que estaba presenciando un duelo y de que nos hallábamos heridos, y se opuso á que continuáramos. Pardini tenía un tajo en el pecho; yo, un corte en la mano que me había llegado hasta el hueso. Mire usted.

Y el marqués me enseñó una profunda cicatriz que cruzaba su diestra.

—Es bonito eso.

—Tiene una segunda parte—continuó—. Algunos periódicos dijeron que yo me había batido en los salones de Palacio y que estaba herido en la mano. ¿Cómo desmentir esto? No bastaba negarlo. Entonces, al día siguiente, organizamos un asalto público en la Sala de Adelardo Sanz, en el cual tomé yo parte.

—Pero ¿cómo? ¿No estaba usted herido?

Me atajó:

—Sí, señor; en la mano derecha; pero yo tiraba también con la izquierda. Soy ambidextro. Nadie notó este detalle, y el público, al leer la reseña del asalto, comprendió que la noticia que se había dado el día anterior de haber sido yo herido en los salones del Palacio Real, era un *canard*.

Y el arrogante marqués de Cabriñana rió noblemente.

—Y su afición por los deportes, ¿cómo nació?

—Verá usted. Yo era el muchacho más débil del mundo. Tenía una afición loca por la milicia, y á los catorce años entré en la Academia de Artillería. Allí, mi debilidad se

acentuó de una manera alarmante; á los dos años estaba seriamente enfermo, y por prescripción facultativa me vi en la triste necesidad de abandonar la carrera y cultivar los deportes.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Diez y seis..., una edad algo expuesta.

—¿Y era usted enamorado?

Sonrió; después, con franqueza muy cordial, apoyó:

—No recuerdo si lo era; lo que sí recuerdo es que no fui dueño de mi voluntad ni de mis pasiones hasta que fui mayor de edad. Obedecí á los médicos y al confesor como obedecía á mis padres, y así llegué á ser á los veinte años un hombre fuerte, con la carrera de abogado terminada, y... sin remordimientos.

—¿Quiénes fueron sus profesores de esgrima?

—Nicolás el Zuavo y Sanz.

—¿Qué armas prefería usted, el sable ó la espada?

—Comencé aprendiendo el sable y después la espada. Me gustan por igual las dos armas. Con Adelardo Sanz tirábamos todos los días en el jardín de la casa de mis padres, Cedaceros, 11.

Allí nos reuníamos unos cuantos aficionados y nos entreteníamos haciendo toda clase de deportes.

—¿Por qué se le ocurrió á usted la idea de escribir su *Código del honor*?

—Pseh—labió indiferente—. Para quitarme de encima las consultas constantes; porque resultaba que el duque de Tamames, Portago, Xiquena, Benalúa, Tetuán y yo éramos una especie de abogados asesores en estas cuestiones; en seguida acudían á nosotros y nos mareaban con preguntas. Yo, de acuerdo con Tamames, pensé hacer un cuestionario. Lo consulté con él, con D. José Echegaray, con otras autoridades, y resultó el libro que usted conoce.

—¿Cómo es que ya no interviene usted en ninguna cuestión de honor?

—Es largo de contar. Soy un escéptico. En este país se le concede poca importancia á la silueta moral de la persona. Cuando la cuestión de los anarquistas en Barcelona, se acusaba á un jefe del Ejército de haber martirizado á unos presos; le acusaba públicamente un diputado republicano; se nombraron padrinos por ambas partes, y los padrinos del jefe militar dijeron que el republicano no estaba en el pleno goce de sus derechos como hombre de honor y que, por lo tanto, no podía batirse; entonces nombraron un tribunal de honor, compuesto por Tamames, los generales Contreras, Díaz de Ribera, Marengo y yo, que actué de secretario. Este tribunal acordó, por unanimidad y apoyado en pruebas documentales, descalificar al jefe republicano. Y cuál sería nuestro asombro cuando supimos, al día siguiente, que al llegar la noticia al Congreso, el presidente del Consejo de ministros había dado un abrazo al diputado descalificado, diciéndole: «¡Qué caramba, reciba usted la enhorabuena!» A aquel abrazo siguieron otros de jefes significados de los diversos partidos. Y en aquel mismo momento, los que formábamos el tribunal, acordamos solemnemente no volver á intervenir en cuestiones de honor. Esto es todo.

—Y á propósito, marqués: ¿Cree usted que antes de batirse se deben averiguar los antecedentes del adversario y aprovechar cualquier sombra que tenga en su honor para rehusar el encuentro?

—Con arreglo á los códigos de honor, sí: se debe indagar y desistir de un lance si el individuo no está capacitado para ir al terreno de los caballeros. Ahora bien: yo, en este punto, disiento de mí mismo y de mi libro; pienso como el coronel Valdés, y creo que para dar una estocada, cualquier pecho es bueno, aunque sea el de un rufián; á la mesa se sienta uno con cualquiera, sin averiguar su condición; pues para batirse opino que se debe seguir la misma norma. Después... después... las indagaciones. Los duelos vienen de nuestros abuelos, que se batían en medio de una encrucijada, á la luz de una hornalina, y para jugarse la vida no se preguntaban quién era el adversario. ¡Nadie! Un co-



El marqués de Cabriñana con sus hijas Maria Luisa y Josefina

FOT. CALVACHE

razón y un acero. Para un hombre de valor, sobra.

—¿Qué opinión concreta tiene usted del honor, tal como lo interpreta la sociedad moderna? Hizo un gesto de terror.

—¡Hum, amigo mío! El tema es un poco complicado. El honor, en mi opinión, varía según las épocas, las naciones, los temperamentos y las tradiciones. El honor es un sentimiento de venganza, de tomarse la justicia por su mano. El hombre íntegro no quiere que nadie castigue las ofensas que le infirieron, quiere castigarlas él mismo, aun que sea exponiendo su vida.

traiciones, y yo soy diáfano, recto; excesivamente franco. Me incorporé á ella empujado por la indignación que me causaron los abusos que cometían entonces los concejales del Ayuntamiento de Madrid. Sin afiliarme á ningún partido fui diputado; más tarde, director; hice mis denuncias y procesé á los que pude... Aquella campaña mía derribó al Gobierno de D. Antonio Cánovas, de Alberto Bosch y de Romero Robledo.

—Por entonces, ¿tuvo usted varios duelos?

—Menos de los que esperaba. El acta del de Altavilla, y la fama que tenía de tirador fuerte en el terreno, me evitó muchos encuentros.

—¿Y fué usted agredido?

—Sí; una noche que iba yo por el Prado me salieron unos malvados á sueldo y me soltaron dos pistoletazos; yo respondí haciendo fuego y entonces huyeron.

—¿Cuál es el momento más feliz que ha tenido usted en la vida?

—El día en que nació mi hijo. Yo ambicionaba tener un hijo varón, y desde ese momento fui feliz; me hice vanidoso, saqué el título, me hice caballero de Calatrava, etcétera... Todo me parecía poco para él.

—Y el momento más amargo de su vida, ¿cuál fué?

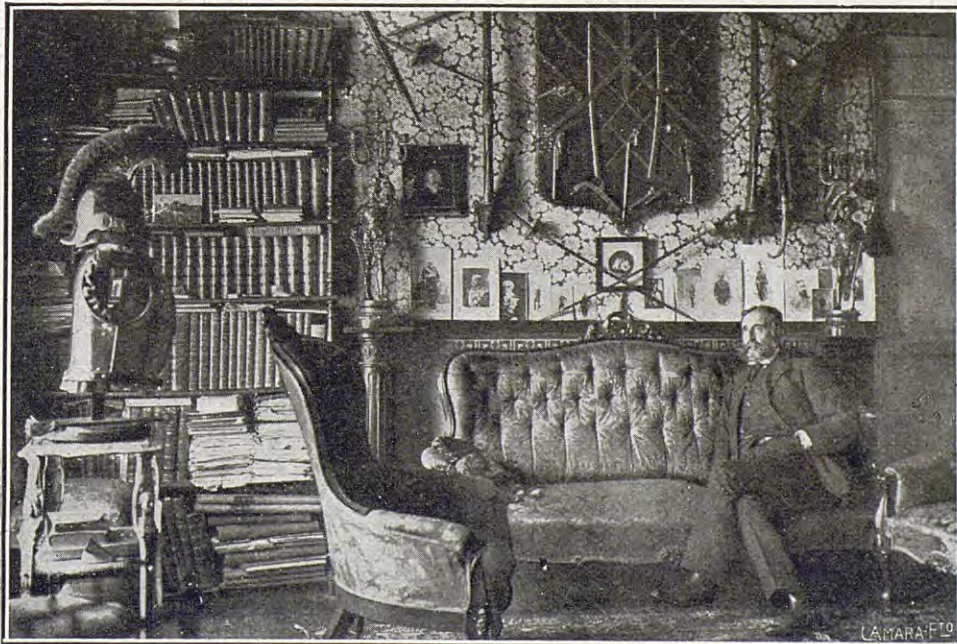
—Cuando perdí otro hijo mío, de tres años.

—¿Cuál es su aspiración suprema para el porvenir?

—Ver á todos los míos sanos y felices.

Calló el noble marqués de los varoniles arrestos y del honor impecable. Su figura, arrogante, de titán y apóstol, yacía reclinada en el sofá.

EL CABALLERO AUDAZ



El marqués de Cabriñana en su despacho



Hermosa perspectiva que ofrece el Valle de Plan en los Pirineos, uno de los más grandiosos panoramas españoles

Fotografía de Hielscher

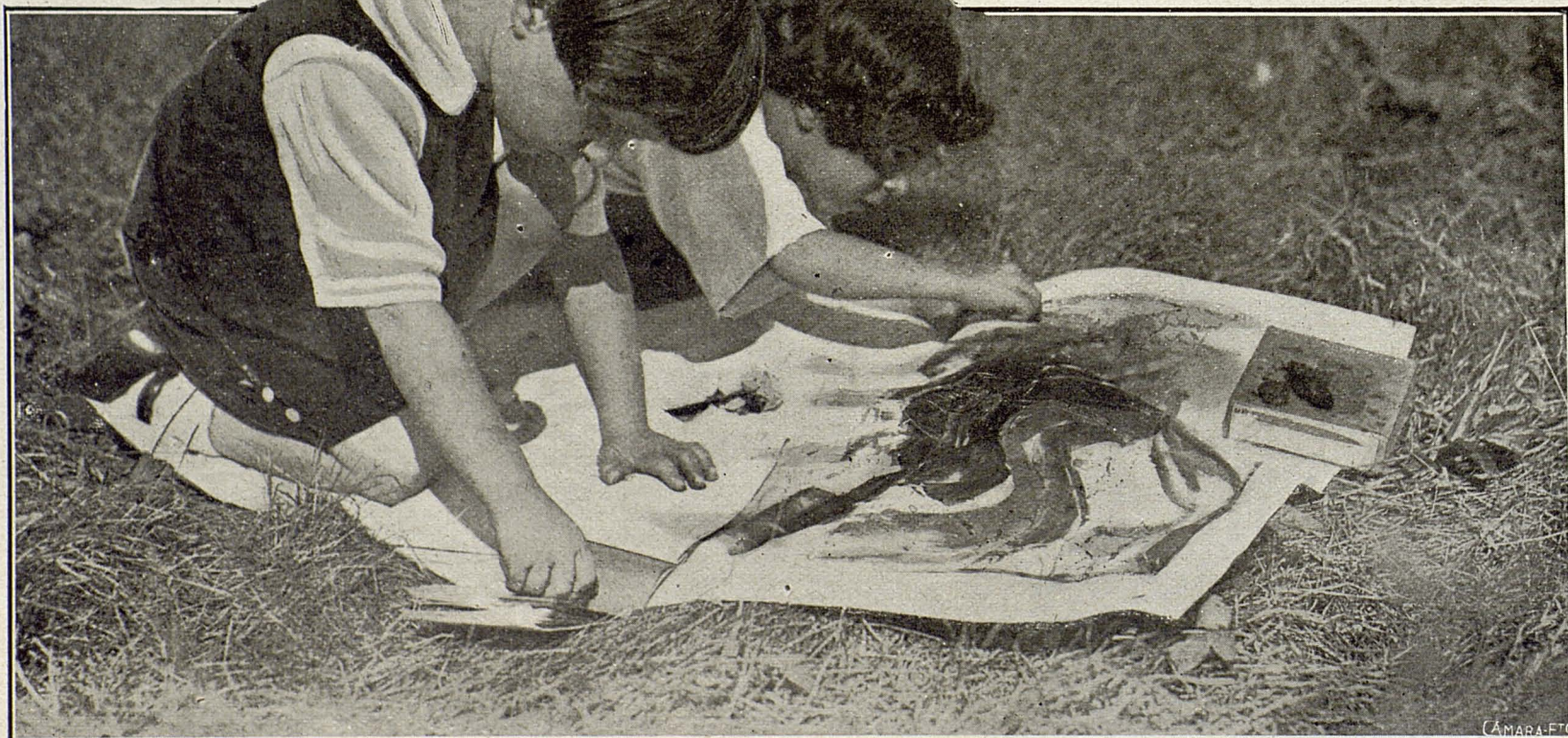
SEÑOR ALCALDE MAYOR...
NIÑOS DE NUEVA YORK Y DE MADRID



Una lección al aire libre en el Campo de Recreo de la Infancia, de Nueva York

Los niños pobres de Madrid tienen en las calles su escuela de picardía. Si usted, señor Silvela, quisiera vivir un día la jornada de un niño pobre en Madrid, quedaría, más que asombrado, temeroso de que su buena intención y su brava voluntad pasen

por la Alcaldía de la ciudad sin dejar remedio á este mal. Porque en todas las capitales del mundo hay pobreza y miseria y hay niños míseros que vinieron al mundo en los hogares donde el hambre asoma frecuentemente su rostro infernal de celestina del mal y del crimen. Así, como en Madrid hay niños pobres, los hay también en Nueva York, por ejemplo. Pero vea usted, Sr. Silvela, cómo vive un niño pobre en Madrid. No hablemos del tugurio infecto, donde



Niños aprendiendo á hacer un mapa



La clase de dibujo en el Campo de Recreo de la Infancia, de Nueva York

FOTS. WESTERN-GINESTAL

duerme en sabe Dios qué contubernios iniciadores; no hablemos de la casa de corredor en la calleja clásica de los barrios bajos, que están pidiendo un Nerón municipal que los incendie. Ha amanecido Dios; luce en el cielo el sol, que sale para todos, según el fácil apotegma de conformidad cristiana, y el niño pobre madrileño, mordisqueando un mendrugo duro, cuando quedó del día anterior, se lanza á la calle, ansioso de aire y de luz que necesitan sus huesos débiles, su sangre anémica y sus pulmones de pre-tuberculoso.

La escuela madrileña, salvo media docena de grupos escolares, contruidos con demasiada fachada, está en un piso entresuelo ó en el bajo, ó en el principal de un caserón destartado; suele ser un salón mejor ó peor alumbrado y aireado, donde unos chiquillos se hacen miopes y otros se quedarán deformados por la torticólis ó la desviación de la columna vertebral. Pero aun en los locales que parezcan buenos, el régimen de la escuela madrileña es un régimen de hacinamiento y de disciplina. No se concibe en el Ayuntamiento madrileño que haya un maestro para cada diez niños, para cada quince, para cada veinte, cuando más. No se concibe que Sócrates no pudiera interrogar á sus discípulos sino en un grupo reducido y en un diálogo familiar, donde la intimidad disipara todos los pudores de la sinceridad, que son los que engendran la mentira, ¡esta enfermedad moral de los niños españoles!

Es un régimen de hacinamiento y de disciplina... En los niños, el hacinamiento, la convivencia forzada, es una escuela de odios; la disciplina, aunque no toque jamás los límites de la violencia injusta, parece siempre, á las mentes infantiles, esclavitud. Ochenta chiquillos, cien chiquillos encerrados en una escuela madrileña, hacen pensar en el nidal de erizos que evoca el filósofo; no pueden rebullirse sin clavarse las púas. Agregad á esto, señor alcalde mayor, que el niño pobre suele sentir espoléada su hambre en la excitación de las horas de escuela; en la quietud que, para guardar el orden, se le exige; en el esfuerzo intelectual que se le pide. Cuando, por mañana y tarde, terminan las horas del en-

cierto escolar, el niño, necesitado de ejercicio, azuzado instintivamente por el hambre fisiológica de sus huesos, de sus músculos y de su sangre, y por el hambre de libertad de su espíritu, no tiene en Madrid más cobijo que la calle; la calleja estrecha en que vive; la plazuela inmediata á su hogar. Para los más, el campo está lejos. Si intentan refugiarse en los parques, en el Retiro, en la Moncla, en Recoletos, en el Prado, los guardas que capitanea D. Cecilio los expulsan violentamente; á golpes, cuando no huyen ante las amenazas. Los niños pobres comienzan á aprender, con espanto, que los pilletes y los golillos, como se les llama, son de una casta inferior; que el Ayuntamiento de Madrid cuida sus jardines para los niños que van bien vestidos, que llevan zapatitos relucientes; que ellos están condenados á ser perseguidos por los guardas, á ser aporreados por las porterías que los cogen en una diablura. Se les enseña, Sr. Silvela, la noción brutal de que están fuera de toda ley. Contra esto, ¿qué harán los maestros de escuela? Ni locales buenos, ni cantinas escolares, ni roperos infantiles, ni amparo contra las convivencias perniciosas del hogar y los ejemplos de la calle. Nada de eso existe sino en minúsculos ensayos y en pobres tanteos. No hay pedagogía capaz de luchar contra esos adversarios. Fuera de la escuela aprende el niño más que ante las pizarras y los carteles; aprende cosas que le impresionan más vivamente, que le orientarán en los caminos de su vida, que forman su juicio sobre su situación personal en la sociedad que no le da de comer y le expulsa de los bellos jardines y de los parques luminosos. Picardía y odio son las dos grandes asignaturas que aprenden los niños pobres madrileños.

En cambio, he ahí en unas fotografías la visión gráfica de la vida infantil en Nueva York. Allí también hay niños pobres. Fíjese usted, Sr. Silvela, y verá en esos grupos, niños descalzos; niños con las botas rotas y las ropas remendadas. Sin duda, en Nueva York hay, acaso en mayor proporción que en Madrid, padres alcohólicos, vagos y holgazanes, torpes ó inválidos, que derrochan sus energías ó no saben utilizarlas, ó no

las tienen, y viven miseramente. Pero á los niños pobres no se les arroja violentamente de los parques floridos, sino que, al contrario, se les hacen campos de recreo para que pasen en ellos la jornada.

Precisamente, esos niños necesitan—no del Estado, sino de la nación, por su órgano mejor, que es el Municipio—mucho más cuidado y más asidua dirección que los niños de las clases medias y aristócratas, que recibieron de la Providencia la merced de un hogar sano y noble. No se puede despojar á los pobres de sus hijos: lo único que Dios les dió, generalmente, con largueza; pero la ciudad debe procurar que los niños pobres se parezcan á sus padres lo menos posible; esto es, que sean capaces de dejar de ser miseros. Los niños pobres son espiritualmente como leprosos, cuya infección se engendra en su propio hogar, y hay que librarles de ese contagio y hay que hacerlos superiores á su estirpe.

Y eso es el parque de recreo de los niños pobres en Nueva York. No son escuelas, no son cantinas, no son asilos, y son todo eso á la vez. Maestros voluntarios, mujeres abnegadas, cate-dráticos y médicos, abogados é ingenieros se adscriben á estos parques, y al hacer sus visitas diarias, dialogan con los niños, les dan lecciones, les cuentan bellas leyendas, sondean sus conciencias, enveredan las aptitudes que descubren, protegen á los que lo merecen. A los niños no se les hacen regalos; han de conquistarlo todo por su propio esfuerzo, pero llevados de la mano, fortalecidos, estimulados, mostrándoles los go-ces del bien y los frutos del trabajo.

Para el niño pobre neoyorquino, el parque de recreo es la sociedad buena y dichosa, en la que hay que vivir; su hogar misero, su calleja mez-quina, su barrio sórdido y encanallado es la sociedad mala y desgraciada, de la que hay que huír con todo el esfuerzo de la voluntad... Señor Silvela, ¿no se siente usted tentado á emprender esta reconquista de los niños pobres y descarriados que llenan las callejas de Madrid y engrosan el trágico contingente de los quince-narios?

DIONISIO PÉREZ

E T E R N A M E N T E



SUPONE el creador de alegorías que la Primavera lleva en sus recogidas faldas una gran copia de flores, y que unos angelotes que la acompañan se apoderan del tesoro de fragancia, y de color y van plantándolo en las praderas reverdecidas, como quien borda en una seda.

La imagen resulta pintoresca y amable, pero con un fondo de crueldad.

¿Es que la tierra no guarda en sus entrañas energías y encantos suficientes para renovarse cada año? ¿Es necesario que el buen Dios haga la limosna de la belleza todos los meses de Abril? En tal caso, sería terrible vivir en el mundo, en un mundo seco y árido como el alma de un usurero.

Y ya que nombramos el alma, ¿no podría trasladarse a ella la suposición del creador de alegorías, pues al fin y al cabo surge espontáneamente el paralelo entre la tierra, de la cual brotan las rosas y los frutos, y el espíritu humano, con sus sentimientos favorables ó adversos, virtuosos ó mezquinos y ruines?

Algo hay de verdad, sin embargo, en la caprichosa fantasía del pintor. Porque si no la mano

pulida de la señorita Primavera, la callosa del jardinero suele encargarse de enterrar á su tiempo las semillas convenientes para que, á su época, arriates y tiestos se transformen en joyeles de la Naturaleza.

De igual manera la mayoría de los hombres requieren una previa donación extensa y ajena, para devolver como unos réditos espirituales proporcionados al capital recibido. Y esa influencia exterior consiste, ya en la educación tutelar, ya en la suerte de los negocios ó de simples aventuras, y aun en ocasiones basta con la tonalidad del cielo, ó la impertinencia de la lluvia, si no es la fuerza del sol.

Sólo algunos excepcionales terrenos producen espontáneamente su flora. Los abandonados por difíciles y humildes, y los fecundos á despecho de cualquier adversidad destructora, aunque momentánea. Son esas colinas olvidadas en medio de los campos labrados, calvas y miserables, pero que un día aparecen tapizadas con el oro de las plantas silvestres en flor, rodeadas del verde de los trigos y del maíz nuevos. Y son las

mollas cálidas y húmedas de la gleba tropical, en que hay que enfrenar y contener el ímpetu, jamás agotado, que pugna por estallar en oleadas de frutos.

También el alma humana, á lo mejor, posee la riqueza propia, que suele consistir en no ambicionar ninguna. El alma de un Séneca es comparable á esas colinas postergadas, sobrias y fuertes que decíamos antes. El alma de Shakespeare brinda cosechas de sentimientos en lugar de hurtarlos ni aun aceptarlos del cercado ajeno. ¿Quién ignora la vida interior? Como una frase, nadie. Pero son pocos quienes conocen y viven esas palabras en su verdadero sentido. Y hasta ellos tienen que cultivar su pequeño huerto íntimo. La renunciación, el estoicismo, conducen al contento en los temperamentos filosóficos. No; no se engañaba el creador de teorías... Cada año y en cada alma el buen Dios ha de renovar la bondad y la belleza...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE RAMÍREZ

BEBÉ NO COMPRENDE



BEBÉ no comprende...

Más de una vez, durante sus excursiones en busca de violetas silvestres, de moras de zarza ó de polluelos de jilguero, Bebé se enfrentó con la obra de la muerte...

Pero la Dolorosa no tenía carátula de tragedia en aquel escarabajo que Bebé halló un día sobre el borde de un camino, y que, inmóvil y con las patitas muy recogidas, parecía dormir, al amparo de su coraza bruñida con mil reflejos... También parecía dormir aquella mariposa que Bebé encontró prendida á un tallo con el último esfuerzo de su vida, y que aunque ajena al mundo ya, aun embellecía el mundo con la mágica policromía de sus alas inertes... La única imagen lamentable fué la de una golondrina que, al pie de un árbol, tendida sobre las alas, mostraba, en medio del pecho, el rubí de una gota de sangre cuajada sobre la herida abierta por un plomo... Bebé recogió aquella golondrina, la palpó, la contempló... No parecía viva, porque tenía cerrados los ojos, y porque su cuerpecito yerto

era como una piedra envuelta en el terciopelo de la pluma... Era triste, dulcemente triste; mas Bebé no halló en aquel espectáculo cosa alguna que infundiera espanto... Morir era, en resumen, dormir... La Dolorosa no tenía carátula de tragedia...

Pero Bebé es hijo de padres que no son ricos... Trabaja Papá... Trabaja también Mamá, desde que Bebé cumplió seis años... Y nuestro héroe es demasiado dueño de sí mismo, y vive en la calle, y en casa de sus vecinos, mucho más que en su propia y paterna casa...

Por ello ocurrió lo que ocurrió, y fué que una noche—noche de sábado, de cobro, y de volver tarde Papá y Mamá—Bebé correteaba frente á su puerta, cuando pasó el Viático... Alguien puso en las manos del niño un viejo farol, y Bebé formó en el cortejo, y entró en la casa visitada por la muerte, y llegó hasta muy cerca del lecho sobre el cual agonizaba un hombre.

Allí, la Dolorosa tenía carátula de tragedia...

Allí, la obra de la muerte causaba espanto... ¿Qué hacía, entre aquellas luces temblorosas, aquel hombre que desde la vida se inclinaba sobre el hombre que se iba de la vida? ¿Qué visiones desfilaban ante las pupilas fijas del moribundo, para que sus ojos desorbitados reflejaran tal pavor? ¿Qué suprema angustia hacía que aquellas manos descarnadas buscaran sobre las ropas un apoyo, un asidero, un amparo?

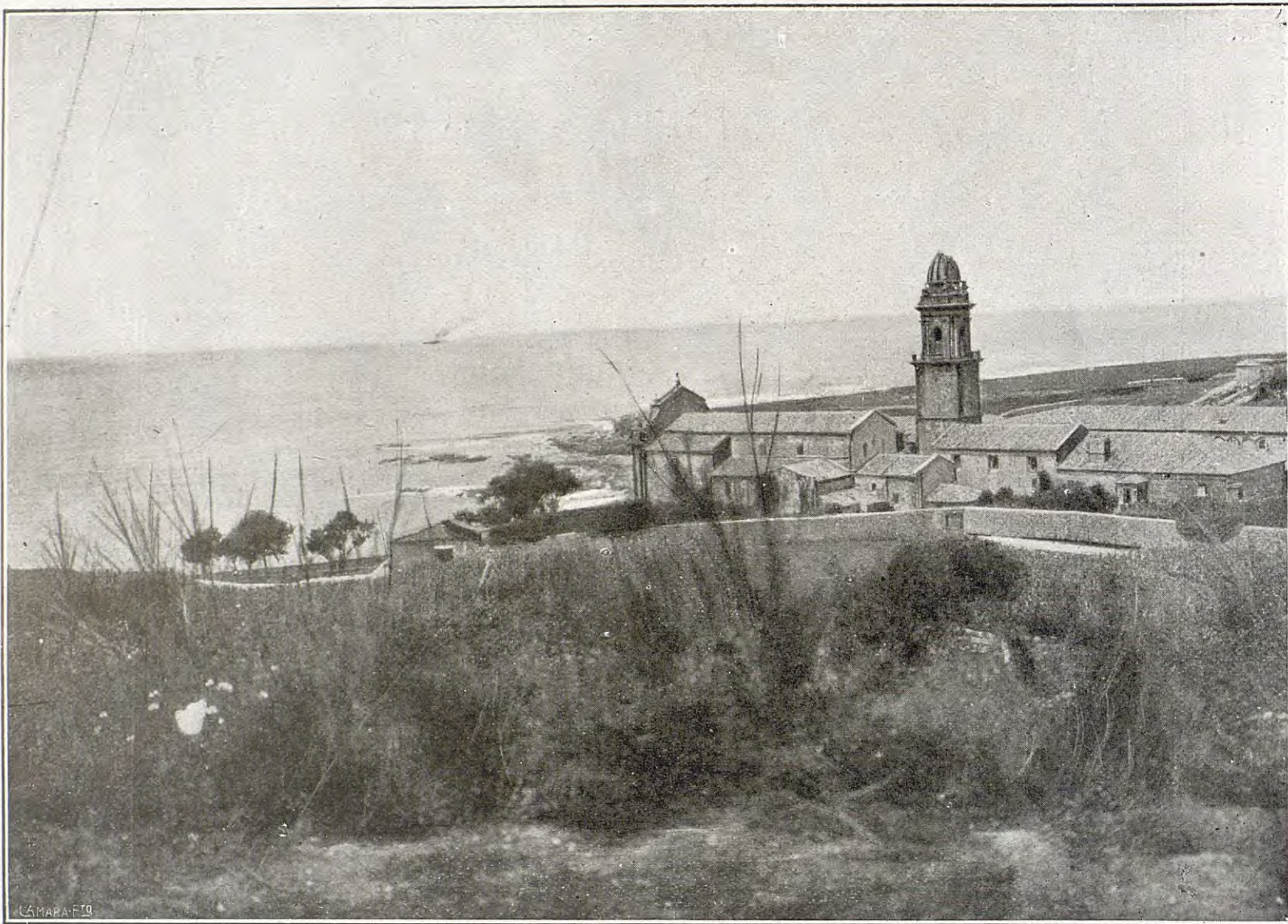
Aquella muerte no era el plácido sueño del escarabajo, ni la belleza inmóvil de la mariposa, ni la suave tristeza de la yerta golondrina; aquella muerte humana era el terrible caer al fondo de un abismo entrevisto y poblado de vengativos y justicieros fantasmas...

Bebé no comprende... Bebé ignora aún el mal que en la vida hacen los hombres, el mal que ignoraron también, y cuyo castigo no temieron, el escarabajo, la mariposa y la golondrina: los serenos viajeros de la muerte...

ANTONIO G. DE LINARES

ESPAÑA ARTISTICA Y MONUMENTAL

EL MONASTERIO DE SANTA MARIA LA REAL, DE OYA



Vista general del monasterio de Santa María la Real, de Oya

ENTRE los pueblos de La Guardia y Bayona, pertenecientes á la provincia de Pontevedra, hállase situada la pintoresca aldea de Oya, donde en medio de fértil campiña y rodeado de gigantescas montañas donde lucen la pompa de su verdor frondosísimos pinares, eleva su severa mole el monasterio de Santa María la Real.

Fundaron esta residencia religiosa hacia el promedio del siglo XII, los monjes benedictinos, quienes fueron substituidos más tarde, sin que se conozca exactamente la causa de esta substitución, por los religiosos bernardos. El rey de Castilla y emperador de España, Don Alonso VII, favoreció á éstos con la donación de un extenso predio de su propiedad, y en él comenzaron seguidamente, y con actividad extraordinaria, las obras del actual edificio, que fueron costeadas casi en su totalidad por los co-



Antigua sala capitular

lonos de la comarca, merced á grandes donativos.

Por su situación, verdaderamente estratégica, el monasterio constituía, al propio tiempo que una residencia monástica, una magnífica fortificación, y habida cuenta de esta particularidad, fueron emplazadas, en un bastión que daba al mar, nueve grandes piezas de artillería.

A propósito de este bélico aspecto del monasterio de Santa María la Real, refiérese un notable hecho de armas cuya veracidad parece comprobada: El 20 de Abril de 1616, una flota corsaria compuesta de nueve grandes bajeles, perseguía con grandes probabilidades de alcanzarlos á dos barcos españoles cargados con mercaderías de gran valor y que pretendían refugiarse en el puerto. Advertida por los religiosos la crítica situación de las naves hispanas, hicieron fuego contra las embarcaciones piratas,

cuyos tripulantes, considerando fallida la criminal empresa, variaron el rumbo de los bajeles poniendo proa á alta mar, con lo que los barcos españoles quedaron en salvo. Conocido el suceso por el rey Felipe III quiso premiarlo, y así lo hizo, concediendo á la villa el título de Santa María la Real.

Cuentan algunos historiadores, y parece ser que la aseveración es cierta, que el monarca Fernando III nació en Oya y que fué educado por los frailes bernardos.

El estado de conservación del monasterio de Santa María la Real es excelente, sobre todo en sus partes más bellas y valiosas, y así muestran todo su interés artístico el coro de la iglesia; la sacristía, de bóveda casi plana; el claustro, del más puro estilo ojival; el refectorio, con el escudo de Galicia; la sala capitular, en la que se ostentan los escudos de las más principales órdenes de caballeros, las armas de la Inquisición, etc., etc. La plaza de armas, con sus nueve

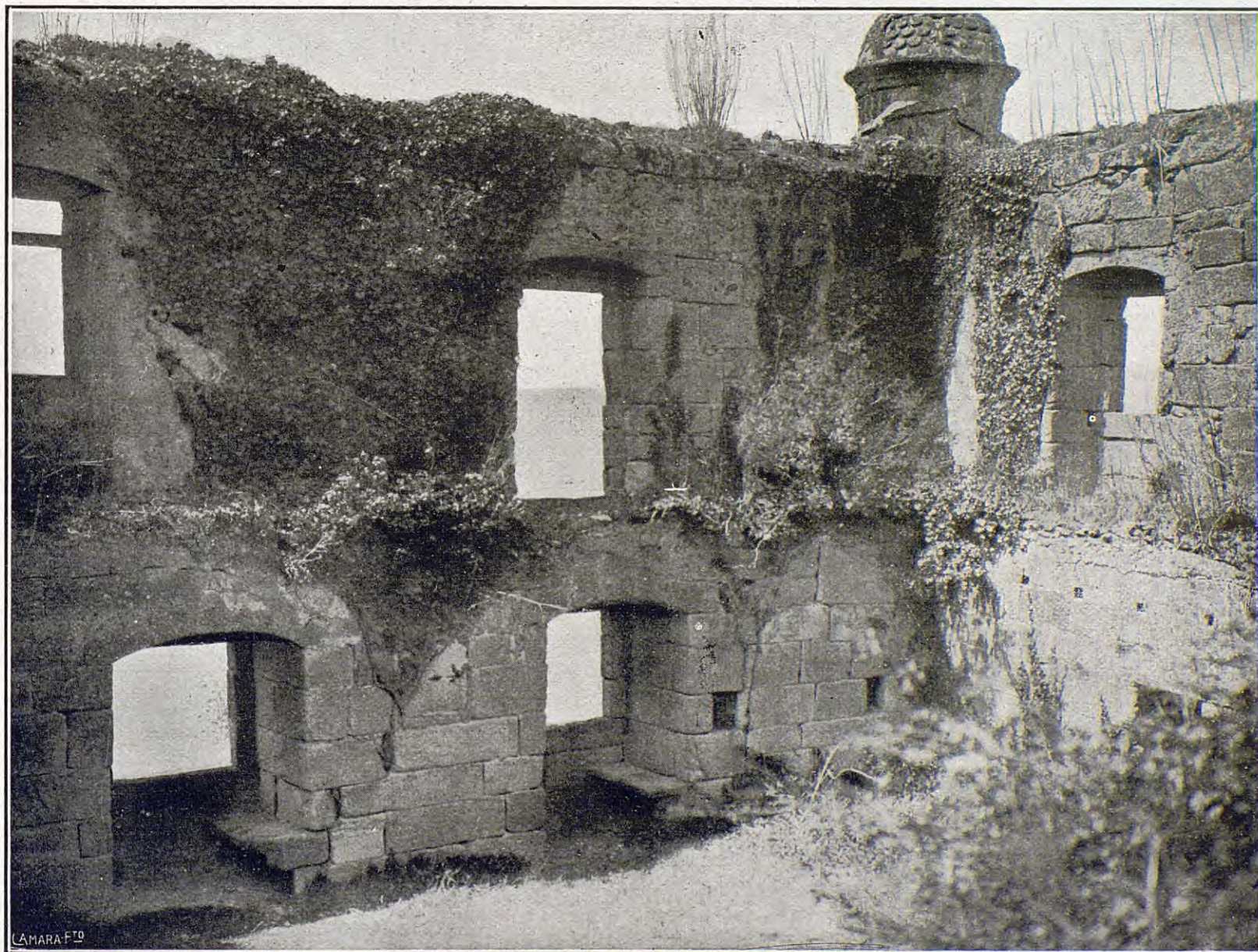


Patio del claustro

considerablemente el conjunto del monasterio un hermoso patio pletórico de naranjos y un extenso hortal circundado por recios muros.

Actualmente, el monasterio es de propiedad particular, pero aún sigue utilizándose con el carácter de parroquia la iglesia del convento.

Un voraz incendio, acaecido tiempo ha, produjo grandes destrozos en esta admirable edificación; mas todo su poder demolidor no fué suficiente á destruir la grandiosidad de tan veneranda joya arquitectónica. Así, el monasterio muéstrase á los ojos de los escasos turistas que llegan hasta él deseosos de conocer sus bellezas, pleno de interés artístico. Nada, en efecto, tan grandioso como el aspecto imponente que ofrece el monasterio con sus torres almenadas, airoas y esbeltas, y los espesos y agrietados murallones donde crece gigantesca hiedra, y para mayor encanto el mar al fondo, cuyas tornadizas olas estréllanse impetuosas contra los acantilados que sustentan la fábrica del Monasterio. —L. G.



Ruinas de la celda del Superior, que destruyó un incendio

FOTS. FOERTSCH

EN MI HORA POSTRERA...

— R I M A S —



*Cuando yo muera, que me entierren quiero
junto aquel sauce, cuyas ramas mustias,
parece, cuando el viento las agita,
que una oración murmuran.*

*¿Lo recordáis, Amigos? Es el sauce
que tras la tapia misera y oscura
del cementerio, las humildes fosas
como en un nido agrupa.*

*Quiero dormir la eternidad del sueño,
del sauce aquél, bajo la paz augusta...
Y si allí va á llorar la mujer santa
que me siguió en la lucha,*

*él la dará su protectora sombra,
y el Padre Sol, cuando esplendente luzca,
no podrá marchitar con sus rigores
su cabecita rubia.*

*No os apenéis, ¡oh, Amigos!,
en mi Hora postrera.
Si en los últimos años de mi vida
el Mal torció mi senda,
y calcé las sandalias del Romero
y caminé al Azar, solo y sin tregua,
al entrar en la sima inexplorada
volveré á ver la luz, que, amante y bella,
me aguarda allí, para guiar mis pasos,
la dulce sombra de mi Amada muerta...*

□□□

*Si con llanto en la faz, trémula toda,
en mi Hora fatal
quisiera entrar á verme, ¡oh, mis Amigos!,
no la dejéis entrar.*

*Si se obstinase, altiva, rechazadla;
si implorase piedad,
decidle que el Poeta la perdona,
pero el hombre, jamás.*

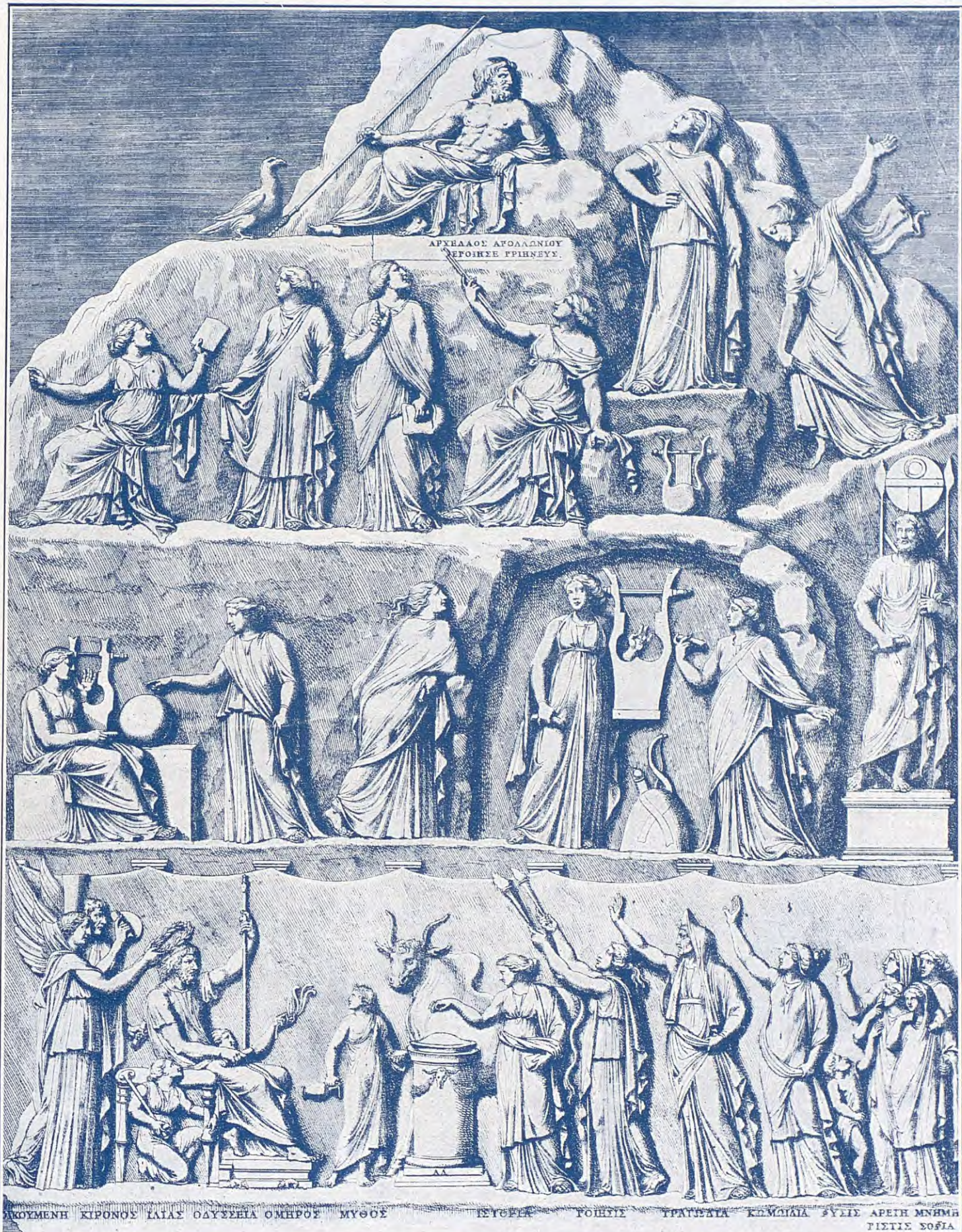
*No sollocéis, ¡oh, Amigos!,
al contemplar mi rígido cadáver...
Al contrario; cantad, frente á la Muerte,
una estrofa vibrante
á la Vida, que es luz y es flor y es risa
y es amor y es combate...
Y después de llevarme al Campo Santo,
alegres, id á recorrer los parques,
á llenaros de Sol, entre las frondas
y á reflejar el rostro en los estanques
donde las Ninfas tejen, en la Noche,
sueños de amor azul al Caminante.
—¡Oh, los jardines, ebrios de pujanza
en la quietud serena de la Tarde!—*

*Cuando muere un Poeta,
florecen los rosales.*

Ramón DÍAZ MIRETE

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA ESFERA ARTE CLÁSICO



HOMERI APOTHEOSIS SIVE CONSECRATIO DELINEATA EX ANTIQVO MARMORE IN MARINENSI COLVMNENTIVM PRINCIPVM AC MAGNI COMESTABILIS DITIONE ERVTO

Sedit in templo Homerus diademate redimtus, pallioque philosophico anctus, altera manu scriptum, altera carminum volumen tenet, uelut nunc hymnis, sacraque citharis. Mulier atrox capiti eius lauream imponit, quam Cybele turritam esse ex subscripto nomine ΟΙΚΟΥΜΕΝΗ appareat. Nunc comitatur alatus Genus, cui etiam subest nomen ΧΡΟΝΟΣ Tempus singulis manibus singula uolumina ostendens Iliadis, et Odysseae, uenerat nempe orbis terrarum praefatus per omne tempus duratura. Ad latera sedentis Pace in genua procumbunt Virgines duae subscripti titulo ΙΑΙΛΑ ΟΔΥΣΣΕΙΑ Iliacae Odysseae. Haec Apolline tenet maritimas nauigationes, erroresque Phrygiis indiciis, illa gladium, Achilli et Heroum bella referens. Nunc Homero, quasi in Deos relato posita est ara, admota uictima, cui Virtutes, et Artes sacra peragunt, facies praefertunt, thura dant, libamina fundunt, manibus plaudunt, carmina canunt. Harum postrema dextram ori imponit, altere potius alios admonens, quam Homeri nomen amulari. Singulis uero his subiecta sunt Nomina: ΜΥΘΟΣ ΙΣΤΟΡΙΑ ΠΟΙΗΣΙΣ ΤΡΑΓΩΔΙΑ ΚΑΜΩΔΙΑ ΣΥΛΛΕΞΙΣ ΑΡΕΤΗ ΜΝΗΜΗ ΠΙΣΤΙΣ ΣΟΦΙΑ Fabula, Historia, Poësis, Tragedia, Comoedia, Natura, Virtus, Memoria, Fides, Sapientia. Sub Homeri solio Mures uoluntati arrodentes ad ipsius Caducomyomachiam referuntur. Quae stant in montes ascensu, amoris sunt Musae, Homeri laudes celebrantes; qui uero in uertice sedet cum Aquila, cuius Jupiter est Musarum pater, in quem retro oculos conuertit. Mnemosyne mater, stans ipse Homerus Iouis habui postremo loco spectatur Musarum, seu Apollinis, ut uidetur, Antrum, in cuius uestibulo Arcus, et Charetra. Prope antrum in basi stat in palliatus ad tripodem. In Iouis sedentis saxo incisum legitur huius monumenti Auctoris nomen ΑΡΧΕΛΑΟΣ ΑΡΧΑΙΟΝΙΟΥ ΕΡΧΙΣΣΕ ΠΡΙΗΝΕΥΣ Archelaus Apollonijs filius Prienensis fecit. Huius marmoris integrum argumentum habes opus Kircherum in suo Latino, atque in eruditissimo Gisberti Cuperi Commentarii.

Roma ex Chalco-graphia Demetrii de Rubis Nardis 18. Jacobi de Rubis ad Temp. J. A. de Pace cum Priv. Senati Pont. et Super. Rom. Anno 1693.

"LA DAMA DE LAS CAMELIAS"

EN TORNO DE SU TUMBA



Sepultura de "La Dama de las Camelias" en el cementerio de Montmartre (París)

Mi abuelo, que compensaba la falta de aficiones artísticas con su maravilloso espíritu de observación, me refirió, siendo yo casi niño, que en uno de sus viajes comerciales a París, allá por el otoño de 1849, un año después de publicada *La Dama de las Camelias*, no supo zafarse en Todos los Santos de visitar, con varios amigos suyos, el sepulcro de la famosa pecadora. Pero no consiguió verlo, porque una montaña de flores lo cubría. Un periódico francés de la época, fija en 30.000 el número de visitantes que aquel día depositaron sobre el novelesco mármol su ofrenda romántica.

Así la califico, no en sus aspectos filosófico ó artístico, sino en el sentimental; porque, aparte las mil definiciones que desde Mme. Stael á la fecha se han aplicado á esa escuela literaria, el gran público funde y fundirá en una misma significación las palabras «amor» y «romanticismo».

Cuando, medio siglo después, llegué, adolescente y soñador, á París por primera vez, corrí, en la Conmemoración de los muertos, al cementerio de Montmartre; pero en vano, porque también cubrían las flores la funeraria piedra, como en los tiempos de mi abuelo.

Sólo muchos años más tarde, en plena guerra, cierta mañana de amoroso sol estival, logré ver el sencillo sarcófago, blanco y bruñido como acabado de construir. No le faltaba en absoluto flores; habíalas en la copa que corona el pequeño monumento rectangular, en búcaros sobre la cornisa del pedestal y en los cuatro adornos salientes. El recuerdo de la frágil mujer perdura, pues, en el corazón de los parisienses como en las primeros días. La pared cercana muestra un cartelillo negro que advierte, en blancas letras, la prohibición de escribir sobre la tumba. Hasta hace poco tiempo eran precisos los lavados frecuentes del monumento para borrar huellas que la inquietud del alma humana dejaba á diario en la piedra funeraria.

Se llegó á más. Entre los años 70 y 71, un grupo de apasionados, hembras y varones, logró vencer todas las vallas de leyes y reglamentos para violar la oquedad de la apacible tumba. Casi nada hallaron... La Naturaleza había cumplido el axioma de la materia, y, transcurrido el plazo de la transformación nauseabunda, sólo algunos huesos marfileños y varias tablas retorcidas ocupaban la fosa. Pero como si el dios de los ensoñadores quisiera perpetuar el recuerdo de la dama, apareció, entre aquellos restos, un diminuto zapato, limpio y pulido cuanto el tiempo y el lugar permiten. Un titánico esfuerzo de sensatez evitó que la reliquia desapareciera de allí en aquel mismo instante; y las hembras lacrimosas, con sus galanes melancólicos, salieron del camposanto por la calle del Norte, bajo la primera luz del alba, sin consumir su amoroso delito.

Aunque no en tales extremos, la mujer parisién mantiene fervorosa el culto á la desventurada pecadora. Al trepar la cuesta de Caulaincourt, camino del cerro montmartino, obreras, modelos, artistas y damiselas vuelven irresistiblemente sus ojos á la derecha, desde lo alto del viaducto que salva el cementerio, en busca de aquel novelesco retiro. Nada ven: la vegetación se lo impide; pero ninguna parisién, á los quince años, ignora que en aquel jardín solitario está ella, la heroína de un amor segado en flor. Pocas conocen la verdadera historia; algunas se resistirían á creerla, pero todas recitarían de memoria la novela.

Poco explícita es la tumba. Su inscripción lateral dice:

Ici repose
Alphonsine Plessis
née le 15 Janvier 1824
décédée le 5 Février 1847.
De profundis.

No es mucho; pero los veintitrés años de amor y sufrimiento que evocan ambas fechas, son suficientes para elevar el espíritu de quien lee el epitafio.

Consta que los autores del sepulcro no pensaron jamás en exteriorizar fastuosamente sus sentimientos. Tenían, en verdad, muy escasos medios (poetas y novelistas!); mas no fué este el motivo que redujo á sus modestos límites las dimensiones de la construcción. Mide apenas dos metros de largo y de alto por uno de ancho. Existía en el triste amante y en sus íntimos, el fundado temor de que alguien intentase compartir con aquel cuerpo alabastrino el sueño eterno, bajo la misma losa. Parientes sordidos ó vanidosos, habían pensado en ello. Por eso el amor clausuró los adorados restos en el más reducido espacio.

Cuanto al epitafio, fué obligado precepto legal. Nadie conocía en París á la muerta sino por María Duplessis. Para la inscripción se hizo necesario traer, de una recóndita aldea de Normandía, documentos, informaciones, testigos... Y hubo que sujetarse á la verdad: la preciosa criatura se llamaba Alfonsina Plessis.

Normandía forja en la mente la idea de una raza musculosa, hercúlea, gigánteica. No era así la Dama de las Camelias. La estatura (y su tumba lo prueba) no excedía de un metro cincuenta. Era delgada, mas no angulosa, y tan armónica de proporciones, que sola y á distancia parecía alta. Janin, Casades, Richard, el propio Dumas, han descrito su rostro. De él no queda reproducción alguna. Cual si todas las circunstancias se confabularan para eternizar el misterio de su hermosura, no existe de ella ni un lienzo, ni un busto, ni un Daguerre. Pero cuantos la conocieron coinciden en que era blanca como azucena, de rostro ovalado, nariz pequeña y perfecta, ojos oscuros y almendrenos, azulina cabellera y boca correctísima, con dientes asombrosamen-

te nacarados. A ella se atribuye esta frase: «La mentira blanquea los dientes.»

De su alma es aventurado hablar. Su más documentado analista, Alejandro Dumas, carece, por enamorado, de autoridad para juzgarla. Ni en la novela ni en el drama *La Dama de las Camelias* acertó a detallarla. Como dice Zola, ocupándose de aquel autor con motivo de su ingreso en la Academia Francesa, en ambas producciones no aparece tipo alguno trazado con firmeza. El mismo Dumas confiesa que muchas escenas de su obra son pura fábula. De otra parte, diga lo que diga el admirable imaginador, no existe en Manon Lescaut otro punto de contacto con Margarita Gautier (nombre literario de Alfonsina Plessis) que el amor venal. Pero Manon, consciente ó inconsciente, cometió villanías. Alfonsina no fué nunca malvada, calculadora ni egoísta. Hasta su frivolidad no era ligereza, sino efecto de la dolencia moral que padecía desde su arribo á París: tedio, aburrimiento, «fastidio», en su exacta acepción latina.

Sin cultura alguna, aunque arroborada en la conversación, nada hizo por lograr aquélla; y descontada su belleza, debió el triunfo á su admirable instinto artístico y á su también natural asimilación del buen gusto. Al contrario de ciertas gentes predispuestas á todo género de contagios, Alfonsina sólo lo estaba para lo bello, lo delicado, lo exquisito.

Vióse arrojada de su mísero hogar campestre por holgazana y coqueta, y llegó á la capital francesa con los recursos indispensables para alimentarse cortos días. Su desventura la hizo encontrar asilo y trabajo en un taller de *lingerie* de la calle St. Jacques, en pleno barrio latino. Ocurrió esto en 1839, cuando Alfonsina acababa de cumplir quince años.

Breves horas tardó en verse solicitada por un pintorzuelo; éste presentóla á sus amigos, y por algunos meses fué la *grissette* alegre y desordenada descrita por Pablo Koch y por Gavarni. El barrio entero la conoció: poetas, músicos, pintores y estudiantes se disputaron, sin gran resistencia de ella, los favores de la preciosa chicuela. En la popular pensión «Bailly», último piso de la calle de L'Estrapade, frecuentó el trato de aquellos mozos que se llamaron Feuillet, Nerval, Leconte de Lisle y Baudelaire, ya excéntrico y desequilibrado. También la cabezota del insigne Balzac fué allí blanco de las burlas de la desenvuelta aldeanilla.

Entre unos y otros, las facultades asimiladoras de Alfonsina comenzaron su labor de pulimento.

París no era, ni remotamente, la actual urbe de cuatro millones de habitantes; la juventud de su mundo artístico constituía una reducida agrupación; todos se conocían, y el espíritu romántico, como un perfume sobrenatural, transcendía hasta los más recónditos lugares. Beranger, viejo ya, seguía entonando canciones del brazo de alegres amigos; Victor Hugo esculpía estrofas arrebatadoras; Aurora Dupin vestía trajes masculinos y fumaba; Musset gemía añoranzas; Lamartine era un dios; Chateaubriand, un ídolo... En tal ambiente, y con aquellos juveniles compañeros, la linda cabecita hueca fué llenando de ansias y tristezas inexplicables, sin que por eso abandonara la senda de los ruidosos placeres. Un prócer que intentó encauzarla, ya iniciados en Alfonsina los síntomas de su implacable mal, únicamente con-

siguió que le aceptase joyas, vestidos, pieles, viajes...

En las aguas medicinales de Spa la conoció, poco después, el más espléndido de sus protectores: un diplomata ruso, ochentón, sordo y apoplético, que paternalmente la instaló en el *Boulevard* de la Magdalena, frente al famoso templo, aun no abierto entonces al culto. Ya no existe aquel edificio severo, en cuyo principal estableció regimiento su corte la que viva jamás fué conocida por Dama de las Camelias. Llamóla así Dumas, al escribir su poema, por ser las flores de ese nombre favoritas de Alfonsina. El aroma de las demás excitaba terriblemente los nervios de la enferma.

Por aquellos días exhibió escandalosas *toilettes* en la Gran Opera antigua; en los Italianos, teatro de categoría superior al citado; en el Palacio Royal, y en cuantos era admitido el *demi-monde*.

Al salón de la Plessis tenían fácil acceso los nombres conocidos y aun los ignorados que alegasen hondas penas de amor ó de gloria. Con raras excepciones, Listz entre ellas, ninguno de sus contortulios figura en la interminable lista pecadora. Quienes la llenan fueron gentes opulentas é insignificantes, sin contacto artístico ni sentimental; hombres que no conocían de la galante mansión otras puertas que las de escape.

En este salón fué presentado, en el invierno de 1844, un tímido jovencuelo con aspecto infantil, de mediana estatura, rizada melena castaña, fina nariz y boca sensual, de apellido ya célebre en las letras y en las armas. Acababa de cumplir veinte años Alejandro Dumas, y tal emoción sintió ante la burlona belleza de Alfonsina, que renunció á verla de nuevo. Ella, según cuenta el interesado, ni siquiera retuvo su nombre en la memoria. A pesar de todo, el desenvolvimiento de sus relaciones fué tan rápido como intenso. Pero es indudable que hasta después de muerta la Plessis no flameó el rescoldo amoroso que alentaba en el corazón de Dumas. Con exactitud puede calificarse de amor retrospectivo el suyo. Fué más acá de la tumba cuando padeció el enamorado algo semejante á remordimiento por aquella muerte temprana, aunque esperada.

El desconsuelo le postró; amarguísimas lágrimas surcaron sus mejillas juveniles, y hasta pensó en el suicidio.

En aquellas angustiosas horas, enloquecido, exhausto física y moralmente, sin recursos ni amigos cariñosos, lejos de su padre, mal consejero y frívolo camarada, dictó desde el lecho de una modestísima posada de Saint Germain-de Laye—, á veintitrés kilómetros de París, la historia de sus vertiginosos amores. Fueron quince días de febril labor, aunque de dulce lenitivo á su pena; y desbordadas su pasión y su fantasía exuberante, brotó la extraordinaria novela, que vive lozana á pesar de todos los anatemas.

Enferma gravemente Alfonsina, asistió al Palacio Royal el último día de 1846, para no volver á pisar las calles de su adorado París. Y habituados á verla en frecuentes síncope y con amagos de muerte, sus amigos y servidores pensaron que aun estaba lejos la Implacable. De ahí que en un brumoso amanecer de Febrero del siguiente año, la admirable pecadora cayese de improviso en las eternas aguas, abandonada de todos, sin una mano amiga cerca. La víspera había pedido, contra su antigua costumbre, flores de todas clases, anhelante de nuevos perfumes...

Dije mal al hablar de abandono. Sus servidores halláronla estrechando, entre las manos cristalinas, un pequeño crucifijo. Sin duda pudo alcanzar el que había sobre un mueble próximo. No tuvo, pues, en el supremo trance sino un solo amigo, pero de calidad insuperable.

¡De aquel adorado cuerpo, casi nada guarda ya el sepulcro; lo llena por completo el alma de Alfonsina Plessis, ofrendada y envuelta siempre en flores por tantas y tantas generaciones de corazón sencillo y enamorado!...

FERNANDO PERIQUET

París, 1918.



TOLEDO

En su augusto crepúsculo de gloria agoniza, caduca y oriental, con el regio prestigio de su historia, bajo la sombra de su catedral.

La hirieron las edades á su paso, y muriendo entre galas vespertinas, sólo la resta en su imponente ocaso la magnífica lepra de sus ruinas.

Ni un rumor en la paz de tantas cosas que el sol pinta de llagas luminosas. Quizá tras los claveles de esta reja relucen unos ojos de sultana. Acaso al revolver de esta calleja aletea el manchón de una sofana...

Germán GÓMEZ DE LA MATA

FOT. CASTELLÁ

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



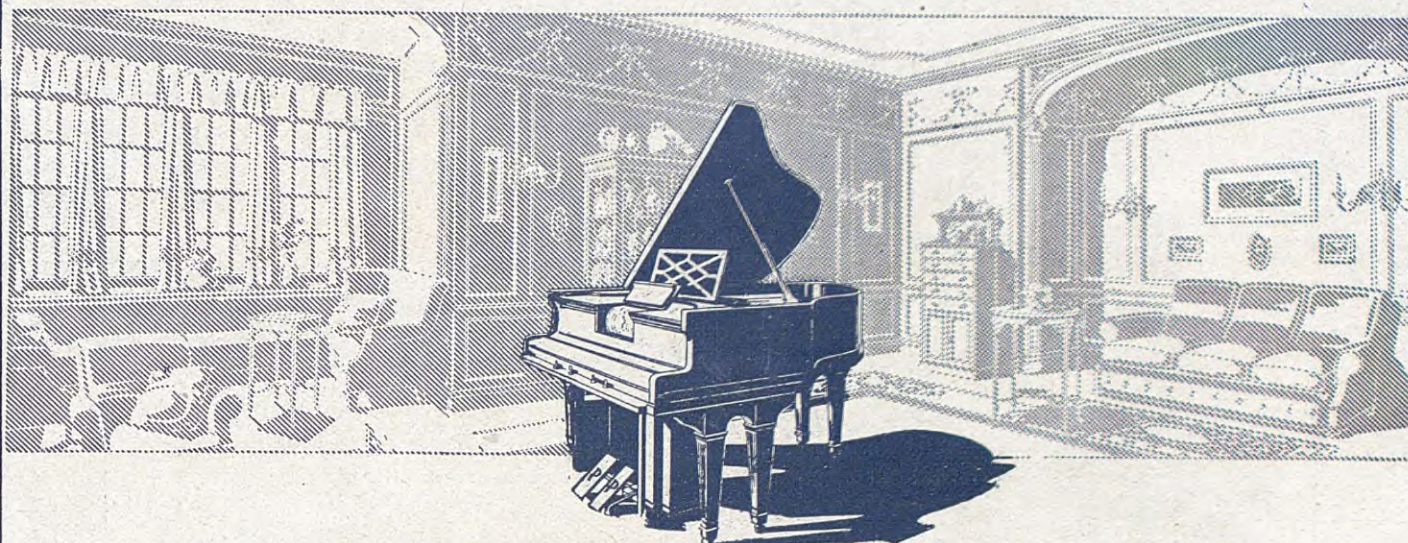
Jabon

Flores del Campo

Soberano indiscutible de la higiene y belleza del cutis. Por su aroma embriagador y permanente y absoluta pureza, supera á los más afamados productos del Extranjero :: Su fórmula genial ha constituido para la **PERFUMERÍA FLORALIA** el triunfo más grande de la moderna industria científica

Precios: 1,75, 1,25 y 0,45 la pastilla.

DIBUJO DE VÁZQUEZ CALLEJA



EL "PIANOLA"-PIANO

(METROSTYLE, THEMODISTE)

es un instrumento de un gran valor artístico, que no debe confundirse con los demás autopianistas. A las personas que no conozcan la **"Pianola"-Piano**, citaremos las siguientes palabras de Paderewsky, pues nadie más autorizado que este sublime artista para brindar así su consejo:

"No acierto á comprender por qué razón no debiera haber un "PIANOLA"-PIANO en cada hogar. Como piano en sí, cuando se utiliza el teclado, nada deja que desear, mientras que para adquirir una plena educación musical que permita desarrollar el conocimiento de la música buena, como lo requiere la cultura moderna, no cabe duda que es el medio más perfecto, y realmente el más poderoso.

De pocos años á esta parte han surgido muchos dispositivos mecánicos para tocar el piano automáticamente; yo mismo he podido apreciar la ejecución de varios de ellos, y sin negar sus indiscutibles cualidades, he de mantener mi primera opinión: que la PIANOLA es, entre todos los instrumentos de su clase, el mejor, insuperable y supremo.

PADEREWSKY"

"PIANOLA"-PIANOS

(STEINWAY - WEBER - STECK - STROUD - AEOLIAN)

Pedid catálogo ilustrado "E"

EXPOSICIÓN Y AUDICIONES EN LOS SALONES DE

THE AEOLIAN C.º

(S. A. E.)

Avenida del Conde de Peñalver, 24.-MADRID

La palabra PIANOLA constituye una marca debidamente registrada, que sólo puede ser aplicada á los instrumentos que fabrica THE AEOLIAN C.º

Agente en Barcelona: P. Izabal, Paseo de Gracia, 35



EL MONJE DIABÓLICO

(MISTERIOS DE LA CORTE RUSA)

El mayor éxito de la llamada *literatura de la guerra*, dramática floración de este espantoso caos en que desde Agosto de 1914 se agita el mundo, ha sido, sin duda, el emocionante libro de J. W. Bienstock,

LA FIN D'UN RÉGIME

en cuyas páginas se narran por alguien que presencié muy de cerca el trágico espectáculo del derrumbamiento zarista, cuantos sucesos trascendentales hubieron de desarrollarse en Rusia desde el advenimiento al trono del emperador Alejandro III, hasta la muerte del monje taumaturgo Rasputin, situada por el Destino á muy pocos días de distancia de la caída del régimen con el triunfo de la Revolución. El reinado del último Romanoff fué jalonado, durante sus veintitrés años de duración, por una serie de actos extraños que parecían ser perenne cartel de desafío al pueblo ruso, y que, en realidad, parecían encaminarse á la destrucción sistemática de la idea monárquica en Rusia. Cuanto en el país significaba capacidad y honradez era apartado implacablemente del Poder, mientras en torno del zar y de la zarina se agrupaba una muchedumbre, de día en día más numerosa, de arrivistas, de aventureros, de cínicas meretrices, de caballeros de industria, de milagrosos y de brujos; multitud abigarrada de seres extraños sin fe ni ley, que iba abriendo un abismo, cada vez más hondo, entre el soberano y su pueblo.

La figura más saliente, la más extraordinaria y la más dramática de esa Corte, única en la historia de los pueblos modernos, fué **Rasputin**, asesinado misteriosamente en nocturna bacanal, organizada por sus enemigos, en aristocrática mansión de las orillas del Neva, el 30 de Diciembre de 1916. De ella se escribió largamente, á raíz del acontecimiento, en todos los periódicos del mundo. Faltaba, sin embargo, algo más preciso, algo más rotundo, en el proceso incoado por la conciencia universal, al abominable personaje. Esa laguna la colma el libro famoso de Bienstock, libro ya traducido á los principales idiomas europeos, y del que se han hecho numerosas ediciones en francés é inglés. **NUEVO MUNDO** ha adquirido los derechos exclusivos para la versión española de

LA FIN D'UN RÉGIME

y en breve acometerá su publicación, hallándonos plenamente convencidos de que su éxito habrá de compensar los sacrificios pecuniarios que nos imponemos en pro de nuestros lectores al satisfacer, sin regatear, la elevada suma que dicha exclusiva representa.

La célebre obra de Bienstock, palpitante de vida y avasalladora por su interés, cual pudiera serlo la más intrincada novela de aventuras, irá apareciendo semanalmente en cuatro páginas encuadrables, facilitando así la conservación de este interesantísimo documento histórico, acerca de cuya autenticidad no puede haber dudas, ya que ha sido constituido por el autor teniendo á la vista, entre otros testimonios de gran valor, las *Memorias* de una de las primeras víctimas del monje Rasputin, la esposa del general Lokhtin; las *Memorias* del *pope* Heliodoro, amigo ferviente del odioso farfante, verdadero autócrata de Rusia durante los postreros años del Imperio, y, por último, los autos completos del proceso instruido con ocasión del asesinato de Rasputin. Siendo este siniestro individuo quien personifica más intensamente la demencia del régimen zarista, y quien con mayor relieve se destaca en la sombría gestación de la gran tragedia rusa, titularemos el libro de Bienstock,

EL MONJE DIABÓLICO

6

MISTERIOS DE LA CORTE RUSA

en substitución del que originalmente llevó la obra.

SIROLINE "ROCHE"

El frasco fcos 4

Pídase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la **SIROLINE** preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Gripe, etc*

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prever que curar.
2. Los niños escrofulosos, a los que mejora muchísimo el estado general
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas

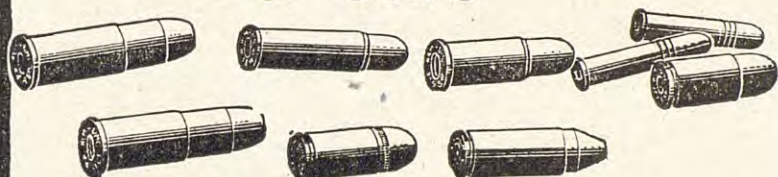


ARTURO VENTURA GRAN PELETERÍA

1.^a Casa en modelos

CARMEN, 29, pral.-Teléf.º M-3.607.- Madrid

Remington UMC



LOS cartuchos Remington UMC se hacen y prueban para funcionar en toda marca conocida de pistola o revólver. Por su precisión uniforme y confianza absoluta son los favoritos de todo aquel que usa esta clase de arma de fuego, ya sea el tirador experto o la persona que simplemente busca su propia defensa y seguridad.



Cartuchos para revólver y pistola

Se enviará un librito especial gratis a quien lo solicite.

REMINGTON ARMS UMC COMPANY
B-1 233 BROADWAY NUEVA YORK

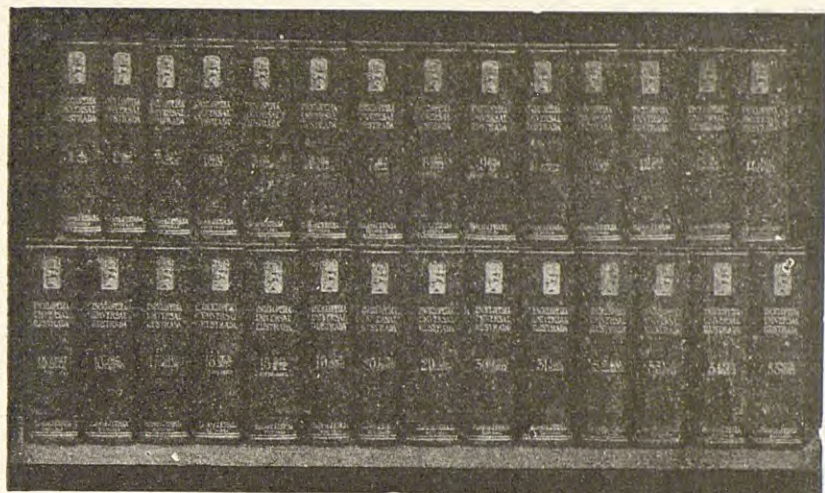
REMINGTON
UMC

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO



"ENCICLOPEDIA ESPASA"



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.— Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.— Abierto todo el año. Para informes y admisión, dirigirse al S. Director-Garante, D. Luciano Barajas y de Vilches, Hortaleza, 132, Madrid

LA MONJA ALFÉREZ

es el quinto volumen
de la Biblioteca de

EL SOL

que ya se ha repartido á
los señores suscriptores

En preparación: **"Stepantchikovo"**, novela rusa de Dostoievski (traducción de Ricardo Baeza). Volumen 7.º: «Postfigaro» (2.º tomo).

Precios de la suscripción combinada con derecho á recibir diariamente **EL SOL** y mensualmente el volumen de la Biblioteca:

Un año.....	30 pesetas
Seis meses.....	16 "
Tres meses.....	8 "

Todo lector de **EL SOL**, coleccionando los cupones que inserta diariamente, puede canjearlos cada mes por el volumen correspondiente

♦ ♦ ♦

EPISODIOS NACIONALES

POR

DON BENITO PÉREZ GALDÓS

Edición de lujo en rústica ≈ Veinte episodios en diez tomos con profusión de grabados ≈ Obra adquirida por esta Empresa en obsequio de los lectores de **EL SOL**

Su precio en tomos sueltos es de **PESETAS 140**, pero **EL SOL** la cederá á sus favorecedores en las condiciones siguientes:

A los nuevos suscriptores por un año, ó á los que renueven su suscripción por este plazo, **PESETAS 54**, pagaderas en plazos de **PESETAS 4,50** mensuales, ó **PESETAS 50**, pagaderas al contado :- A los lectores en general, **PESETAS 60** al contado, previa presentación de los :- :- :- 10 cupones que publicará dicho diario en el plazo de treinta días :- :- :-

NOTAS. —1.ª Los suscriptores ó lectores de provincias deberán remitir pesetas 5 para gastos de envío y certificado.—2.ª Los suscriptores á plazos firmarán la oportuna póliza que remitirá esta Administración.—3.ª Los suscriptores de provincias deberán remitir sus peticiones por mediación de nuestros corresponsales.



LEA USTED

SUSCRIBASE A



EL SOL

Administración: Madrid, Larra, 8

Sucs: Barcelona, Rambla de Canaletas, 9; Asturias, calle de Pilares, edificio Ojanguren, Oviedo